

VÍCTOR ESPINÓS

PUES, SEÑOR...



APÓLOGOS—NARRACIONES

MADRID, 1913.

Ayuntamiento de Madrid

J 2866

VÍCTOR ESPINÓS

PUES, SEÑOR...

APÓLOGOS—NARRACIONES

MADRID, 1913

AYUNTAMIENTO DE MADRID

SEÑOR

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ES PROPIEDAD

1914

PROLOGO INNECESARIO

Victor Espinós no necesita más prólogo que el de su nombre, tan conocido y tan apreciado en el periodismo español; pero ha tenido la humildad de pedir á un compañero unas líneas de introducción á este precioso manojito de cuentos, y, fuerza será acceder á la afectuosa demanda con el consuelo anticipado de que las realidades de la obra exceden en mérito y bondad á las promesas, así del menudo prólogo, como de su desmedrado autor.

Victor Espinós no es solamente un brillantísimo articulista de inagotables y variados temas, ni un escritor de gracia fina y de admirable ingenio, ni un crítico razonador y original: con ser todo esto y serlo además en grado eminente, es, en toda ocasión, un poeta sentimental y un literato de cuerpo entero, de amenísimo estilo y de correcta frase, que ha puesto siempre su

espléndida minerva levantina al servicio de las más nobles ideas, así en las fugaces producciones del periódico como en las obras de más perseverante empeño y de menos intranquila elaboración.

Muchas obras de Espinós son vivo testimonio de la observación precedente; pero lo es por modo extraordinario esta preciosa colección de cuentos, en que su delicado autor ha fundido en feliz consorcio su culto a la belleza literaria y su habitual amor al bien, en una obra para niños, que sólo por serlo, son las más admirables muestras del bien y de la belleza de la humanidad.

Y, sin duda, tan nobles y tan elevados impulsos han sido parte para que Víctor Espinós, no sólo haya vencido las dificultades naturales de este linaje de empresas literarias, en las cuales tan pocos escritores sobresalen, sino que ha conseguido llegar á un grado de inventiva, originalidad y soltura en el modo de hacer á que llegan únicamente los maestros consumados en este género de las amenas narraciones.

Y de la originalidad dan prueba fehaciente, entre otros de la colección, los cuentos que se titulan La lección del viejo mas-tín, Violetas y girasoles (historia predilu-

viana), Las alas del hombre, Sabed que dos mariposas...; y aun aquellos otros en que el autor buscó la inspiración en consejas y rastros históricos populares como La abubilla y el cuco, El triunfo del hacha y Lo tuyo y lo mío. La frescura del estilo, la viveza del diálogo y la bella estructura de la composición interna llevan al lector á parodiarse, sin asomos de sátira, la conocida frase de Rossini, diciendo: "Lo nuevo es bueno, y todo lo bueno parece nuevo."

Otra cualidad recomendable de esta colección de cuentos es la variedad de asuntos en que se ha inspirado su composición, y de ella encontrará prueba acabada el discreto lector en los ya citados, en Sepamos aguardar, Pobre azucena, Para vivir siempre, y en otros que han de quedar sin cita expresa para no repetir aquí la mayor parte de los bien elegidos títulos, como El mal hermano, que recuerda trozos de Pereda en sus admirables epopeyas del mar, y Alma de fraile, que es una preciosa muestra de poesía ascética y sentimental.

Los fines morales de estos cuentos son notorios, aunque no hayan sido escritos en la forma de ordinario ingrata de una lección escolar; pero el mérito indiscutible y

originalísimo del autor estriba principalmente en que no se ha limitado en esta obra á ensalzar por la acción virtudes morales y á censurar los vicios que á ellas se oponen, sino que, perspicaz observador de otros vicios contemporáneos que atacan al principio de autoridad y al orden social, acude á corregirlos con las moralejas vivas de El Salvador, que es un anarquista convertido, y con El reparto en la república, que es una bellísima sátira políticosocial.

Con reunir esta colección de cuentos del Sr. Espinós tan peregrinas y excelentes cualidades sería enteramente inútil para los niños, si el autor, más por intuición genial que por acreditada experiencia, no hubiera acertado á hacer las narraciones accesibles á sus menudos lectores, y como en haber vencido esta dificultad (para muchos escritores insuperable) se halla la principal razón de su bondad pedagógica, bueno será advertirla para los profanos en este género de habilidades técnicas.

Y con tal acierto ha sabido el Sr. Espinós dominar el material literario para hacerle asimilable á niños y á los adolescentes, que si no pareciera frase dictada por el afecto más que por la justicia de un maestro en-

canecido en la escuela, podría decirse que PUES, SEÑOR... es una colección de cuentos ejemplares.

El lápiz artístico de Avrial ha dado realce plástico á la mayor parte de las bellas narraciones de este libro útil y ameno, y el material tipográfico (que no es indiferente para libros dedicados á los niños) corresponde á las necesidades higiénicas y didácticas de los simpáticos lectores (los más amables de la creación) á que generosa y liberalmente está dedicado.

Confirme el lector por sí estas conclusiones, y perdone—como diría el inmortal Menéndez y Pelayo—que “le haya entretenido tanto tiempo en el zaguán de la obra”.

RUFINO BLANCO.

LECTURAS EDUCATIVAS

LA ABUBILLA Y EL CUCO

(TRADICIÓN LEMOSINA)



...a te nunquam separari permittas

María y José, al volver de Jerusalén, habían perdido á su santo Niño. Investigaron por todos los rincones de la ciudad; pero infructuosamente. Al fin decidieron buscarlo en el campo, y, hala, hala, empezaron á desandar lo andado camino de Nazaret.

Carretera adelante... carretera adelante... ¡y el Niño sin parecer!

7.D.C.

Abriéronse ante los padres desolados dos sendas. ¿Cuál emprender? ¿Cuál conduciría al lugar en que se encontrase Jesús? Meditaron...

Y dijo María:

—Ve tú, José, por el camino que lleva á los huertos floridos. Yo seguiré el que sube á la montaña.

La Virgen, ligera como perdiz que busca á sus polluelos descarriados por el cazador, subía, subía...

Llamaba al Hijo en mal hora perdido: “¡Jesús!...” Su voz adolorida semejaba en el bosque el gemir de la tórtola.

Más arriba, la montaña hacíase abrupta, el bosque tornábase salvaje y enmarañado. Cruzábanse y entrecruzábanse caminitos y senderos...

—¿Por dónde seré más afortunada?—se decía la Madre.

Tan cansada estaba, que llegó á no sentir cansancio, y con la cabellera al viento y llamando siempre “¡Jesús!... ¡Jesús!...”, subía y subía. Ante la pena de la Madre, enternecido, el pino lloraba su resina tronco abajo.

—¡Jesús!... ¡Jesús!...

Las manos blancas de María se agitaban palpando el vacío...; en ninguna parte se observaba huella alguna humana.

Y dijo al cabo:

—Viento, buen viento, ¿sabes, por ventura, si mi Hijo pasó por aquí? Su cabello es del color de mi cabello; del color de mis ojos son los suyos...

—No, Señora Por aquí no pasó—silbaba el viento, huyendo entre las retamas,

—A g u a ,
buen agua; al bajar de lo alto ¿has visto á mi Hijo Jesús, blanco y rubio?

—Gentil y afligida Señora, no le he visto—respondía el agua, despenándose por la quebrada...

Y los gusanos de luz, al paso de la triste Madre, encendían sus linternas azules en el borde de los senderos porque empezaba á oscurecer.



Vió la Virgen á una abubilla y á un cuco que conversaban en lo alto de un pino centenario.

—Pájaros míos, ángeles del bosque, desde ese mirador ¿habéis visto, por azar, á Jesús?

—Hermosa Señora, fuera de ti nadie cruzó hoy los olivares.

—¡Si vosotros que tenéis alas me quisierais ayudar á buscarle!...

—Yo, sí, de buena gana—respondió la abubilla compasivamente.

Pero el cuco, disuadiendo al ave caritativa, le decía:

—¡A ti qué te importa esta mujer! Ya parecerá el chico. Sobre todo, ¿por qué lo perdió? Sigamos nuestra plática.

—Es que me parte el corazón oír su triste cantilena... Oye, oye...

—¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...

—Es preciso ayudarla... ¡Perder un hijo!... Bien sé yo—decía la abubilla—lo horrible que es eso desde el año pasado... Escucha á la infeliz.

—¡Jesús!... ¡Jesús!...

Y la abubilla abrió las alas y, volando, volando... púsose á registrar el bosque mientras el cuco se burlaba de su sensiblería.

No estaba Jesús en el bosque decididamente. Y la abubilla tendió el vuelo hacia la urbe, cuyas luces empezaban á brillar al pie de la montaña.

Y oyó á unos sabios doctores que, con gestos de asombro, hablaban de un niño Jesús que

adoctrinaba en el templo con la ciencia de un Sanedrita. La abubilla volvió á la montaña, y á los gritos de la Madre: "¡ Jesús!... ¡ Jesús!" , contestaba cantando: "¡ Aquí está!... ¡ Aquí está!..."

Reunidos María y José, siguieron el vuelo de la abubilla y, al

cabo, entraron en la Sinagoga, donde ¡oh alegría!, sentado entre los doctores de la Ley y departiendo con ellos estaba, en efecto, el blanco, el rubio, el dulce Jesús.

—¡ Mi Jesús!—exclamó la Madre, abriendo los brazos.

En la Naturaleza retumbó entonces una voz



que, dirigiéndose á la abubilla, le dijo esta sentencia:

—Anunciarás tú el primero la primavera en los campos, y para eso tendrás, como los heraldos, una cimera de plumas de seda en la cabeza... Tu nido no estará escondido... Simbolizarás la felicidad... En cambio el cuco, por ser frío de corazón, no hará nunca nido; pondrá su huevo en el de la urraca y ¡nunca, nunca sabrá de su hijo!...

Atrevióse María á suplicar:

—¿No podría cambiársele el castigo? Aún mejor: ¿sería imposible perdonarle?

Y la voz sonó de nuevo:

—Digno es de llorar siempre quien no llora cuando Tú lloras...

La abubilla volvió al bosque. La Madre y el Patriarca se internaron en la Sinagoga.

LA LECCION DEL VIEJO MASTIN

Cuando sientas el pecho lleno del afán cegador de la venganza recuerda esto que voy á referirte como pueda. Quizá restituya la paz á tu corazón y te ayudará á alcanzar la más seria é importante victoria: el triunfo de ti sobre ti mismo.

En la corte de S. R. M. el León figuraba como favorito del augusto monarca un zorro, más astuto que inteligente, seco de corazón, adulator y más orgulloso y soberbio que el mismo rey, cualidades—digamos cualidades—que han solido distinguir á los favoritos en todo tiempo y en toda corte.

Este zorro había ganado de tal modo la voluntad y la confianza regias, que nada se hacía sin su beneplácito y nada parecía defectuoso si procedía de su iniciativa.

Los cortesanos murmuraban de él; las gentes inferiores le odiaban cordialmente.

Un día, pasando la comitiva regia por una senda principal del bosque donde había de ce-

lebrarse cierta importante entrevista del rey León con S. A. Serenísima el Príncipe Leopardo, acercóse al monarca un pobre perro hambriento con más pulgas que pelo, lacio de orejas, flojo de patas y rabicaído; una verdadera y purísima lástima.

—Señor —dijo—, me muero de hambre. Ordenad que me reserven algunos huesos de los que sobran de la real pitanza y nadie a provecha...



El zorro, que acompañaba al monarca y solía extremar el cumplimiento de sus deberes protocolares hasta hacerlos agresivos

cuando se trataba de humildes, lanzóse sobre el pedigueño y, sin advertencia previa, le largó una dentellada. El pobre perro hambriento, aullando lastimeramente, se internó en el bos-

que, cojeando y meditando una venganza contra el cruel favorito.

Las hojas de los helechos se mancharon con la sangre del perro mendigo, cuyo cuerpo fué á dar en la encamada de una raposa, donde por suerte halló el cuitado los huesos de un gazapo y algún otro resto de que alimentarse mientras el dolor le tuvo inmóvil y febril.

Entre tanto el miserable perro calculaba y medía su venganza, deseando recobrar la salud quizá sólo por llevarla á cumplimiento. Al cabo sanáronle los dioses: una mañana probó á andar, y anduvo; se miró en el cristal del arroyo y le pareció que su facha era aceptable otra vez, que no hay criatura por vil que sea que no esté satisfecha de como la hizo Júpiter. Algunas, demasiado.

Decíamos que el perro curó, y en el acto se dispuso á satisfacer su pasión: el zorro favorito recibiría el castigo de su feroz conducta.

La presencia de nuestro héroe en los lugares donde solían reunirse los perros vagabundos de aquel reino, que eran muchos, fué saludada con ladridos de júbilo. Todos á porfía acariciaron al recién llegado, preguntándole por la cicatriz que tenía en el brazuelo.

—El zorro favorito, fué el zorro favorito; pero me vengaré si me ayudáis.

Entonces supo que el rey, harto de zorro,

había nombrado favorito á un hurón á quien nadie veía jamás.

Precisamente en este punto abocó á aquel sitio el astuto ex ministro, ya en desgracia...



arrastrando la cola, gacha la cabeza otras veces tan altanera; triste la mirada que en otros felices tiempos todo lo abarcaba; ligera la antes siempre pesada y ahita panza. Miraba á un lado y á otro receloso de todo. El

grupo de perros le hizo desviar el camino: tenía miedo... quería huir.

El perro, al verle, gruñó sordamente, enseñó los colmillos y quiso ir contra él con la furia de una pasión, de una mala pasión, alimentada sin escrúpulo y sin reservas.

Un mastín viejo le contuvo.

—¿Dónde vas?

—A matarle. A vengarme, ahora que puedo.

—Y ¿por qué no lo hiciste cuando te hirió?

—Pero ¿quién se vengará del poderoso? La venganza contra el que está arriba es una locura.

—Gran verdad es esa; pero á fe de perro viejo, que la venganza contra el caído, contra el que es menos que tú, sea por lo que sea; contra el enemigo, cuando es desgraciado, es una infamia y una crueldad. La venganza no tiene oportunidad nunca.

—Y entonces los zorros vivirán siempre de que los perros los perdonemos...

El mastín alzó la noble testa, que tantas veces hizo frente al lobo, y exclamó:

—Ese es el honor para los perros; que en algo nos hemos de diferenciar de los zorros.

Y añadió á modo de sentencia final:

—A menudo el tiempo y las circunstancias dan audacia á los cobardes y á los orgullosos. Mirad el que fué nuestro verdugo... ¿Quién lo diría? Ahora contéplate tú olvidando y perdonando... ¡Eres tanto como el rey!

Y en un raptó de entusiasmo agregó:

—A todos convidó á roer unos huesos que tengo escondidos junto á la torrentera. ¿Viene alguno?

Fuéronse todos con el mastín sabio, y el festín, completado con enormes lengüetadas en el agua fresca y limpia del arroyo, fué fraternal y alegre.

VIOLETAS Y GIRASOLES

(HISTORIA PREDILUVIANA)

I

.....
—¡Salid de aquí, pecadores miserables! ¡Con el sudor de tu frente ganarás el pan, oh varón!... ¡Hijos te nacerán, oh mujer, pero entre dolores acerbos!... ¡Sentencia de muerte pesa sobre ambos desde ahora! ¡Salid de aquí!...
.....

Ante el divino y terrible apóstrofe, cuyos ecos rodaron y rodarán entre las humanas generaciones, cesaron todas las músicas y cánticos celestiales. Fué un punto de solemne silencio...

Pronto se vió turbado por un roce levísimo de plumas: un arcángel, plegadas las alas de albura deslumbrante, baja la mirada, dejando su escabel de nubes, pidió venia para hablar.

Y, obtenida, dijo:

—Tus fallos ¡oh Señor!, son siempre inatacables. ¿Quién como Tú, Señor? Esos desgraciados que han perdido las delicias del Paraíso por su horrenda desobediencia, van en busca



de un castigo justo... ¡pero espantoso! Permítame tu bondad —¡oh Dios de las misericordias!— que pueda yo ofrecer á esas almas infelices un soplo de mi aliento, que vivifica en el abatimiento y dulcifica la

más grave tristura.

Llenó entonces el espacio inmenso la voz de Dios.

—Acude en su favor. Que tus cuidados no resulten estériles por la maldad de los mortales; ¡ay de ellos entonces!

El arcángel, que había de desempeñar, andando los siglos, augustas misiones en las oscuras catacumbas romanas, en los hediondos

calabozos de los mártires, en el corazón de los santos misioneros, en el interior de chozas y alcázares visitados por el dolor; el arcángel, después de arrodillarse y abrir los brazos en señal de sublime gratitud, tendió el vuelo y, entre acordados sonos de cítaras angélicas, desapareció...

II

En un antro horrible, Luzbel, el ángel rebelde, acaricia á una asquerosa serpiente, que lame con su viscosa y bífida lengua la rugosa mano de la majestad infernal.

—¡Te has portado bien! ¡Esas dos almas son mi primera victoria!... Estoy satisfecho de ti... Ve y descansa...

Deslizóse perezosamente el reptil, lanzó un silbido estridente, ocultóse en un agujero.

En la triste mansión todo era entonces júbilo. Cantos obscenos, aullidos, imprecaciones, danzas repugnantes de ritmos extraños fueron homenaje rendido á la satánica victoria. Luzbel, henchido, llegó á creerse tan dios como el Unico...

Pero un ser deforme y repulsivo entró entonces en la caverna, gritando:

—No duermas, Luzbel. El de arriba ha enviado á uno de los que no quisieron seguirte

para que procure la salvación de la pareja humana... ¡No descanses, rey de las tinieblas!...

Un rugido fué la respuesta de Satanás, que, en pie, paseó la torva mirada entre sus parciales. ¿A quién encomendar la lucha?

—Yo—dijo el Rencor.

—Yo—dijo la Envidia.

—Nosotros, nosotros!—pidieron á coro la Ambición, la Traición, la Venganza, y, por fin, las malas pasiones allí reunidas.

—¡Basta! Yo mismo. ¿Quién como yo?

Y se lanzó á través de los espacios en demanda de la Tierra, dejando atrás soles, planetas, astros maravillosos, fuentes de luz.

Llegó al mundo; asentó las plantas en una peña altísima y avizoró el valle.

III

Un lejano resplandor le puso en camino. Al acercarse contempló la hermosísima figura de un ángel que, con los brazos extendidos, parecía orar protegiendo el sueño de un hombre y una mujer, y que hizo luego ademán de esparcir algo alrededor de sus cuerpos, junto á los que brotaron innúmeras plantas, cuyas florecillas despedían aroma suavísimo que embalsamó el aire, agitado un instante al tender el ángel su vuelo hacia la altura.

Satanás, deslumbrado por la brillante estela que en la atmósfera nacía al paso del espíritu puro, musitó:

—Te conozco... eres la Resignación. Pero no importa, viene conmigo la Soberbia.

Sopló sobre la frente de Adán y no lo hizo sobre la de Eva, sin duda presagiando que de una Mujer había de venirle el mal.

Un abismo se abrió al pie del negro arcángel del odio, que por él desapareció entre vapores pestilentes. Allí mismo creció elevado tallo, adornado de dentadas hojas y coronado por una flor enorme que se balanceó á impulsos de la brisa nocturna.

La pareja humana siguió su sueño.

.....
Cuando amaneció y Eva abrió los ojos des-



perió rodeada de violetas. Al aspirar su perfume gozó un bienestar desconocido. Sentíase resignada.

En tanto, Adán contemplaba curioso á un girasol que miraba orgullosamente al cielo y aún pretendía seguir el curso del astro rey en un gesto de desafío sólo posible para una imaginación caldeada por la soberbia.

El esposo y la esposa discutieron:

Las violetas... los girasoles... la humildad...
el orgullo... la resignación... la soberbia...

¡Y la pelea dura todavía!

SEPAMOS AGUARDAR

Bajo el agua del estanque de mi jardín vivía en envidiable calma una pléyade de peces blancos, rojos, negros...

Y en el centro del estanque, en cierta isla fingida con escorias y peñas calizas, entre las que brotaban verdegueantes plantas acuáticas, tenía su albergue toda una familia de ratas, refugiadas allí huyendo de mis perros ó de mis pedradas.

Ni los peces ni las ratas eran enteramente felices. La comida no abundaba entre la clara linfa, á menudo renovada, ni en las oquedades de las escorias de la isleta.

De suerte, que cuando yo echaba trozos de pan en el agua era seguro que en el estanque debía organizarse algún pantagruélico banquete de sabrosísimos mendrugos. No lo había presenciado nunca: arrojaba el pan y escapaba á correr y saltar.

Pero un día permanecí junto al estanque, y

he aquí lo que pude presenciar, y ahora refiero por la enseñanza que de ello saquéis los que,

bondadosos, sigáis leyendo.



En el instante mismo en que el pan tocó la superficie del agua rodeóle una nube de peces que, con los lomos al aire, como las colas, y los hociquillos todos juntos al men druguejo, empujaronlo para, de aquí tiro, allá muerdo, ora pico, dame tú, desmenuzario, si podían.

El pan flotaba, se dejaba llevar y traer, y en

una de esas evoluciones, pasando junto á las rocas de la isla central, era víctima de la voracidad de alguna rata que, con gran presteza y donaire, lo hacía suyo sin más trabajo que aso-

mar el puntiagudo y bigotudo morrete. Esto ocurrió siempre.

Y eran de ver entonces los coletazos y furores de los burlados peces, que al cabo de un rato volvían á repetir la tarea de acercar involuntariamente el pan á las astutas vecinas, reinas del merodeo.

Es decir, que yo, deseando alimentar á mis peces, á quienes definitivamente engordaba era á las ratas.

Sucedió que los peces estimaron preciso poner término á semejante estado de cosas mediante petición de consejo á los ancianos de la tribu, dos peces enormes, blanco el uno como la nieve y rojo á más no poder el otro y á quienes la edad y los achaques habían recluído en su agujero.

Entró una numerosa comisión á verlos.

—¿Sabéis lo que nos pasa?—gritaron los hambrientos y chasqueados peces á coro.

—¿Qué os ocurre?... Pero que boquéé uno solo... ¡Nos aturdís!

Uno, el más joven, expuso:

—Tenemos hambre... Las ratas que ahí viven—y señaló con una aleta—nos roban el manjar que nos echan... Tenemos hambre...

—Bien —replicó uno de los consultados—; queréis saber cómo lograríais que el pan fuese vuestro, ¿no es así?

—Exactamente... ¡Sí, sí!

—Pues... ¡no se lo deis á las ratas y comedlo!



En la asamblea hubo un movimiento de impaciencia.

—No se lo deis, repito. Cuando el pan cae, como está muy duro, es inútil que tratéis de des-

menuzarlo. En tal estado el enemigo será el que se lo lleve. No seáis precipitados, esperad, esperad; el agua ablandará la comida y al primer coletazo vuestro dividiráse en mil partículas y habrá para todos. Dejad que el pan se empape. Todo el secreto está en saber aguardar. Id, pues, y no vengáis con canciones semejantes á ésta, que somos viejos y queremos tranquilidad.

Así terminó su discurso el anciano pez, un discurso breve, gracias á Dios, pero substancioso, como suelen ser las palabras de los viejos, que son para oídas siempre con respeto; pero entre los peces más, porque son pocos los peces que llegan á viejos.

Los comisionados salieron en tropel comentando tan sabios conceptos y haciendo el firme propósito de poner en lo sucesivo por obra consejo de tanta discreción.

Desde entonces los peces comieron y las ratas tuvieron que dedicarse al hurto otra vez en gallinero y palomar, donde fueron entregando la piel poquito á poco.

Cuando yo conocí en todos sus detalles esta sencilla y verídica historia me dije: de prudentes es aguardar á que el negocio esté en sazón para emprenderlo.

Y procuro poner en práctica la reflexión. Y no me va mal.

LAS ALAS DEL HOMBRE

EPISODIO MARAVILLOSO

La noticia de que el hombre intentaba volar y que hasta lo había logrado, aunque de un modo condicional y precario, puso en conmoción el mundo de los seres alados; siguiendo el uso de los tiempos acabó por convenirse en la necesidad de celebrar una asamblea magna á la que asistirían desde el condor gigantesco y rapaz hasta el cínife insignificante, aunque molesto; desde el águila arrogante al pobrecito moscardón, que se pasa la vida zumba que te zumba.

Júpiter dió el permiso; buscóse local y, al cabo, se realizó el mitin de voladores.

¿Su objeto? Ya lo dijo la cotorra, el más parlamentario de los oradores de aquel comicio memorable. Era urgente protestar contra la tiranía humana, que todo quiere sojuzgarlo, que á todas partes ansía llevar su acción despótica, abusando, indudablemente, de la falsa leyenda

que atribuye al hombre el dictado de rey de la creación.

—Sí, alados compañeros —decía la cotorra—; no nos quedará ni el recurso de ahuecar el ala para burlar en el aire la asechanza humana si es verdad que el hombre vuela como cualquiera de nosotros, y aún mejor que alguno de nosotros.



El avestruz interrumpió, ofendido por una alusión que creyó dirigida á él, y hubo que echarle. Los avestruces en todas partes se han de dar

á conocer. Calmado el tumulto y concedido el graznido, el pitido, el arrullo, etc., á sucesivos oradores, vínose á estas conclusiones que apenas fueron discutidas:

“Protestar enérgicamente contra el vuelo humano.

”Pedir á Júpiter que estorbare toda tentativa de ese género, amenazándole con retirarle el águila de que suele acompañarse para darse tono.

”Montar en el aire un ejército de aves de presa que desgarren las alas postizas del hombre que se aventure entre las nubes y otro de mosquitos y avispas que le piquen los ojos, si los llevase descubiertos.

”Solicitar el auxilio de Eolo para la gran obra emancipadora.”

Por aquí andaba la Asamblea en sus trabajos cuando se oyó el fragor de un zumbido intenso, intenso, cada vez más intenso.

Todos miraban al espacio, pero nada vieron. El rumor crecía... ¡Frrrrr!...

El abejaorro, espantado, decía á su vecino :

—Toda mi familia, zumbando á un tiempo, no sería capaz de meter tanto ruido.

El pánico empezó á cundir en la numerosa reunión. Muchos de los insectillos perecieron de susto.

El águila y, en general, los grandes volátiles, conservaron su serenidad.

La cotorra ensayó una perorata, que no escuchó nadie. No había oídos sino para el siniestro rumor que del cielo bajaba.

Y al fin pudo verse, gallardo, majestuoso, en las cercanías de las nubes, un pájaro enorme. La estupefacción llegó á su colmo entre los presentes. ¿Quién había convocado á semejante animalote?



Pero la urraca, que todo lo corre, dió pronto en el quid.

—¡Es el hombre, el hombre que vuela!

Y el asombroso espectáculo admiró aun á aquellos seres creados para surcar los aires.

Pero de pronto ocurrió algo insólito, inexplicable. El descomunal pajarraco dió media vuelta en el espacio. La catástrofe fué instantánea. El hombre, envuelto en la complicada trabazón de sus alas pegadizas, cayó contra la dura corteza de la tierra. Se oyó una explosión formidable. Brilló una llamarada intensa y fugaz. Luego... el silencio.

La asamblea magna de protesta contra la intrusión del hombre en la región etérea acababa de recibir una tremenda satisfacción de Jove presenciando la caída trágica de un aeroplano.

El piloto no había muerto y pidió socorro. No

había allí hombres, pero las aves no podían llevar tan lejos su rencor. Fué auxiliado, pues, por sus mismos enemigos.

Y cuando, recobrando el ánimo, pudo hablar, sus primeras palabras fueron un alarde de soberbia:

—¡Por vida de Júpiter! ¿Qué motivo había para que yo cayese? Todo estaba admirablemente calculado. Volaré de nuevo. Soy el amo del universo.

Una mirada impía y rencorosa completó la imprecación, y entonces oyó estas palabras profundas y solemnes, que, naturalmente, no eran de la cotorra, sino de la hasta entonces callada, y siempre vigilante y observadora cigüeña, habitante en la alta torre de una iglesia vecina.

—Ni aun lo ocurrido te sirve de lección. No



eres amigo de la Naturaleza, sino déspota explotador suyo. Por eso te es hostil y, cuando puede, se venga, como ahora. Tu vuelo no será nunca alegre y desembarazado como el nuestro, sino lleno de zozobras y seguido á menudo de la muerte. En tu corazón hay una piedra que te sujeta á la tierra. Es la piedra del orgullo. Volarás, pero seguirás cayendo. Únicamente cuando limpies tu corazón de ese lastre podrás pretender una ascensión digna de tí. Ahora, no.

Y la cigüeña tendió el vuelo acompasado, seguro, magnífico. Los miembros todos de la asamblea hicieron lo propio. Poblóse el aire de inúmeros animales, puesto que al comicio había asistido todo bicho volante, y el hombre herido quedó en la soledad de su dolor, junto á un amasijo informe de lienzos carbonizados y hierros retorcidos.

Las palabras de la cigüeña mordían en su endurecido corazón como un remordimiento.

.....
Cuando refirió este maravilloso episodio en el hospital los médicos se miraron y uno dijo compasivamente:

—Ya está aquí el delirio.



EL TRIUNFO DEL HACHA

EL TRIUNFO DEL HACHA

(VISIÓN SERRANIEGA)

El podón gabarrero y el hacha leñadora habían ido tonsurando los montes vecinos, luego los remotos. Las pimpolladas verdegueantes no habían llegado á tiempo de sustituir á los pinos seculares, derribados sin piedad por la necesidad ineludible y también por la codicia infame.

Llegó un día en que lejos, muy lejos de la villa,

en lo más alto de un picacho casi inaccesible, se erguía el último pino.

El largo crudísimo invierno de la sierra llegó á ser un suplicio sin consuelo terreno. Los viejecitos se arrecían de frío junto á los hogares sin llama. El agua se cuajaba en los cántaros. Mugían las vacas en los cercados temerosamente. Los jóvenes, torvo el ceño, miraban las montañas llenas de nieve, como interrogándolas: ¿habría vida y calor del lado de allá de la sierra? La sierra, antes opulenta, ahora misérrima, había trocado su noble austeridad por una melancólica expresión de vasto cementerio.

Este era el señorío de aquel último pino que se erguía en el picacho inaccesible.

Recto, esbeltísimo, como columna de catedral, sustentaba la más espléndida copa imaginable. Mecíase suave al soplo de la brisa; resistía fiero las acometidas del cierzo; coronábase de nubes ó tocábase de la nieve purísima como de alba ceremonial vestidura. Este pino, que había visto tantos siglos, era á un tiempo rey y eremita. Como heredero y representante único, sin sucesión posible, de gloriosa dinastía, refugiado en lo más alto de la tierra, junto al cielo.

El hacha subió á buscarle. La experiencia del viejísimo árbol no podía engañarle: el hacha

había dispuesto consumir su obra de destrucción. Aprestóse á morir el pino-rey, el árbol-eremita, con regia dignidad, con conformidad santa, pero antes dijo:

—Al fin ¡oh hacha! voy yo también á ser derribado.

—A eso subo. ¡Hace allá abajo tanto frío! ¡y como llevo tanto tiempo ociosa...!

—Porque has trabajado de más durante muchas centurias. Los abuelos de los abuelos de los que ahora te esgrimen contra mí se dieron la maña de arruinar á los nietos de sus nietos.

—Es verdad. Arruinados... allá abajo falta á menudo el pan. Los montes pelados no detienen los torrentes. El frío es horrible. La mocedad emigra...

—No pensáistes que el *apercibo* (1) y la huebra procurados sin mirar al mañana, acabarían primero con los pinos, después con todo. Ese mañana es hoy... Sólo quedo yo, y ni el vivir entre nubes me ha valido.

—Dejémonos de parla. Vengo buscando leña, no reproches ni filosofías.

—¿Filosofías? ¡Pobre de mí!... ¿Reproches? Hacha: tienes lengua de lo que eres. ¿De qué te quejas, si todos mis hermanos perfumaron tu

(1) *Apércibo*, acopio de leña para el invierno.

filo cuando les heriste y despedazaste? Otro tanto haré yo, que así me lo tiene Dios ordenado. Cúmple tu destino.

Silbó el hacha en el aire y abrió la primera herida en el último pino, luego otra y otra...

¡Chás!... ¡Chás!... ¡Chás!...

Y de cada corte brotó un leve caudal de olorosa resina que aromaba el ambiente, como si



fuese el incienso sano, fresco, campesino, salu-
tífero, de aquel sacrificio.

.....
.....

Ya cruje el tronco medio cercenado; inclínase la copa espléndida como se desliza, vencida, la pálida cabeza del moribundo. El último pino va á perecer, y exclama entre crueles resquebrajamientos y con voz cada vez más doliente:

—Conmigo se extingue una riqueza inmensa que los dos hemos conocido... Tú sola, en mano del hombre, has bastado para agotarla á través de las generaciones...

El último pino dobla, cae, muere...

En toda la extensión de lo que la vista abarca no se distingue ni un matojo ni un arbusto. Encima de una peña, triunfador, yérguese un hombre armado de un hacha; semeja el símbolo vivo de la miseria y de la muerte.

¡POBRE AZUCENA!

(PARA CARMEN, MI HIJA)

¿Cómo pudo llegar hasta allí la flor arrogante, de espléndida y brillante corola, de aroma embriagador? Nadie lo sabe. ¿Quién averiguará por qué camino ignorado llega la semilla al rincón de la floresta en que germina? Tanto valdría pretender dar permanencia visible en el espacio á la línea tortuosa que el blanco copo de la nieve dibuja en él, cayendo desde el seno de la nube fecunda.

Explicado ó no, el hecho era éste: la azucena blanca creció en un inmundo lodazal, y en aquel lugar tan poco digno de su calidad de flor excelsa entre las excelsas, vivía sin penas ni cuidados, y más digna de amor cuanto más en peligro, siempre evitado, se hallaba de manchar su nítida blancura.

La brisa, que al pasar junto á ella recreábase en aspirar su delicada fragancia, mecíala leve-

mente, á lo que la flor no ponía obstáculo, abandonándose sobre el tallo flexible en que se columpiaba.

Pero si el fiero aquilón, silbando su canción de estridencias por entre los árboles seculares del bosque vecino, llegaba á agitar impetuoso la superficie del lodazal, doblgando sobre ella la espadaña impotente, hallaba en la azucena resistencias y energías que sólo el amor á la pureza puede comunicar á las flores.

No te extrañará, hija mía, que cuando el viento llevaba hasta las faldas del monte los efluvios suavísimos nacidos en el cáliz de la azucena, y heraldos de su limpieza immaculada, el cantueso, el tomillo, la mejorana, el espliego, el romero, respondiesen con el incienso de sus sanos perfumes serranos al saludo aromado de su hermana, sin parar mientes en que la ruda y los mastranzos, con otras plantas mal olientes, encontraban cursi ese diálogo fraternal de ricos olores campesinos.

Y ¿qué daría yo por no tener que escribir la segunda parte de esta historia?

.....

Sucedió que, contemplándose la azucena cierto día en las aguas cenagosas é infectas, tuvo la desgracia de encontrarse hermosa, y aunque reprimido con presteza, no pudo evitar un mo-

vimiento de vanidad. Mientras meditaba con pena en este, al parecer, sencillo acontecimiento, vió surgir á cierta distancia sobre la superficie del limo un bulto informe en el que chispeaban dos ojos de expresión maligna y repulsiva.

Era un asqueroso y reluciente sapo que salía á tomar el sol, que hasta para los sapos luce.

Su vista produjo desagradable impresión á la azucena.

El animal abrió la enorme boca, y dijo:

—¡Crac!... ¡Crac!... La vecina no quiere mirarme, pero no me quejo. Yo soy muy feo y ella es encantadora: es natural.

Esta alabanza puso á la flor en el trance, á su parecer obligado, de dar las gracias...

El sapo se apresuró á replicar:

—Dé gracias quien tantas posee: esbeltez en el tallo, blancura en la corola, verde esplendo-



roso en las puntiagudas hojas... (*el aroma no lo mencionó, los sapos no entienden de eso*); pero aunque mi vecina pueda darme tantas gracias, no las admito. La justicia no quiere gratitud...

Al llegar á este punto, una ligera brisa dificultó que la azucena oyese con claridad las lisonjas, peligrosas como todas las lisonjas, y



la pobre flor dobló su tallo ligeramente, tratando de descifrar alabanzas nuevas en el rumor desagradable de la voz del sapo, que no había terminado su artero canto admirativo, y aunque la azucena pensaba que el cantor era desafinado, hallaba que la endecha en sí era

digna de su hermosura...

¿A qué seguir? Tanto y tanto encorvó su tallo la desgraciada azucena, que uno de sus pétalos immaculados se hundió en el cieno, y si bien la flor se irguió como movida de un

resorte, no pudo ya evitarse la pena horrible de verse manchada.

El sapo, al verla víctima de la tremenda desdicha á que tanto había contribuído, tuvo para la flor estas palabras de consuelo:

—Mi vecina ha perdido su hermosura al mancharse. Es tan fea como el sapo. ¡Crac!... ¡Crac!...

Y se hundió en el cieno.

.....
Al amanecer del siguiente día, la golondrina que acostumbraba á visitar á la azucena la halló muerta.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

[Faint, illegible text, likely a header or title]

[Faint, illegible text, likely a body of a letter or document]

[Faint, illegible text, likely a signature or date]

SABED QUE DOS MARIPOSAS...

Nacieron juntas, y apenas abandonaron la estrecha y sedosa cárcel en que se formaron, prodigáronse entusiasmadas mutuos elogios. Una ráfaga de viento las lanzó al vacío agitando el tallo del rosal que les servía de miradero, y entonces su alegría no tuvo límites. Los ojos múltiples abarcaron complacidos la belleza del paraje; las alas multicolores se agitaban instintivamente: volaban.

Y volaban unidas, como buenas hermanas, disfrutando sin reservas de la visión de los matices suaves de las flores, de la dulcedumbre de sus mieles, del sol esplendoroso que las irisaba. Era aquello la felicidad.

Descansaron un punto en el fragante cáliz de una gardenia, y allí recibieron la grata visita de una compañera vieja que volando fatigosamente, llegó hasta ellas.

—He adivinado vuestra juventud en lo des-

—ordenado de vuestros movimientos, pues hace tiempo que os sigo con la vista.

—Hoy hemos salido del capullo.

—¿No dije? Pues no os vendrá mal saber que este jardín bellissimo en que nos encontramos está cercado por un muro de gran elevación. No paséis sobre él: os lo dice mi experiencia. Volad bajo para que el viento no os arrastre. Tras de esa cerca hay para las mariposas, sobre todo para las mariposas juvenuelas, peligros graves. ¿No olvidaréis mi consejo? Pues entonces me voy contenta. ¡Hasta la vista!

Dicho esto, la mariposa se dejó caer blandamente en el aire, y volando con cierta solemne pausa desapareció tras de un macizo de celinda en flor.

—¿Has oído bien?

—Ya lo creo.

—Hay que ver cómo se vuela.

—Eso: no hay que empeñarse en volar más alto de lo que se pueda.

*
* *

—¡La pared! ¡La pared!—gritaban las mariposuelas siempre que se acercaban al tapial del jardín. Y retrocedían.

Un día, sin embargo, divisaron un elevado

macizo de verdor; picóles la curiosidad, y elevando sucesivamente sus vuelos llegaron á dominarlo. Un bufido del viento arrastró á las sin ventura. Aquel macizo era la temida cerca, engañosamente disfrazada por la hiedra trepadora y falaz.

Todo fué de mal en peor desde entonces. Del ambiente embalsamado pasaron las tristes mariposas á una atmósfera enrarecida y mal oliente; de la frescura del jardín, á la sofocación de una calleja estrecha é interminable; del sosiego, al constante peligro: aquí el restallido del látigo de un cochero soez, allá la gorra del chicuelo... Esto en las capas inferiores de la atmósfera; á la altura de los aleros, los gorriónes, los vencejos... ¿Qué hacer?

Fatigadas, medio muertas, divisaron, al cabo, un balcón florido.

—Mira: como en el jardín—dijo una, y se aposentó en un encendido clavel.

—¡Oh, nuestro jardín!—repuso la compañera—. También yo descansaría, pero tengo miedo, hermana.

—Deja tus miedos; ven, liba, está esto muy dulce...

—No me atrevo—insistió revoloteando la temerosa.

Entretenidas en este debate no vieron al ene-

migo; un sabio—debía ser un sabio, porque iba muy descuidado en el vestir y en el peinar— abrió el balcón, sacó el brazo huesudo armado de una red, que agitada de un modo especial, aprisionó el cuerpecillo sutil y primoroso de la imprudente mariposa. Su hermana, muerta de miedo y de dolor, lo vió todo luego... La contemplación morosa á través de la lente escudriñadora é impertinente... y luego... ¡crueldad inaudita! luego el sabio de la melena y de las barbas atravesó el tórax brillante del lepidóptero con un largo y fino alfiler, que sujetó en seguida en el fondo de una caja, tumba de muchas otras mariposas descuidadas, y archivo de fáciles victorias.

La pobre hermana de la mariposa de este modo martirizada no pudo más y dedicando un doloroso adiós á la víctima de iniquidad tan enorme huyó, huyó desesperada, loca de terror, en un vértigo de pavoroso remordimiento.

El autor de esta leve y breve historia no sabe dónde fué á parar la fugitiva.

Pero sí sabe que las mariposas que tienen la fortuna de nacer en un jardín frondoso y apacible no tienen perdón de Júpiter, que se lo dió, si lo abandonan sin un grave motivo, que no puede ser nunca la malsana curiosidad de *ver más*. Eso sí lo sabe.

EL MANTO DEL HADA

¿A qué difícil ejercicio gimnástico se entrega la corpulenta araña de abultado abdomen, patas largas y sutiles, cabeza insignificante y verdes penetrantes ojillos?

Presa de actividad febril, la araña va y viene entre las ramas de un tomillo, no al modo desordenado de los que se mueven sin provecho, sino con la apresurada calma, con la lenta prisa del que trabaja.

Por el agrietado tronco de añosa encina, que junto al tomillo crece y se expande, descende grave y pausado un negro escarabajo. Detiéndose al nivel de la araña ágil, y, reposando un poco, pregunta:

—¿Podría saberse, araña y señora mía, qué consigue con esos brincos incesantes?

—Curioso es el vecino—contestó la araña sin abandonar su faena—. ¿No lo ve? Estoy tejiendo.

—¿Tejiendo? ¿Y qué cosa teje?

—¿También eso? El chal que el hada de estos encinares se pondría hoy... si yo fuera quién para ofrecérselo y ella bastante buena para aceptarlo. Déjeme el señor escarabajo pensar que sale hermoso, aunque no parezca muy bien que yo lo diga!

—En efecto, no parece muy bien. Y ¿qué mueve á madama la araña á procurarse ese trabajo? El hada ¿no tendrá mil mantos mejores?

—Seguro es eso. Ni sé tampoco si me atreveré á entregárselo; pero si el humilde hubiera de reparar en la necesidad del poderoso, ¿cómo le obsequiaría cuando hubiera de mostrarle su agradecimiento, si lo deseaba?

—Luego el hada ha favorecido á madama la araña: bien podría pedirle la pausada tejedora que le mudase ó mejorase, al menos, la facha.

—No está la hermosura donde maese escarabajo parece ponerla. Y él es el primero que debe alegrarse. De la belleza de los escarabajos no se ha pregonado nada todavía; pero no se trata de eso ahora. El hada me ha concedido la habilidad de tejer y quiero hacerle un manto.

—Está bien. Veamos ese primor.

Cuidadosamente se apartó la araña, recogiendo el hilo, con objeto de no estorbar á su burlón

interlocutor, y allá, en la punta de una rama, se estuvo, quietecita, mientras el escarabajo observaba...

El manto era, en verdad, un asombro de sutileza y de buen gusto. La misma seda tejida era lienzo grosero; la más suave estofa, ordinaria urdimbre, junto á aquel dechado de finísimo y aéreo tul, prendido en el tomillo por el arte maravilloso de la araña.

La rabia envidiosa que del negro escarabajo se apoderó al contemplar tan singular obra de arte fué enorme. Todo el tiempo que dedicó á la observación se contuvo, pero al fin, y con voz destemplada—¡imaginad una voz de escarabajo destemplada!—exclamó:

—¡Donosa tela! Verdaderamente, si es la de hacer eso la habilidad que debes á la bondad del hada, hay que convenir en que te ha burlado. Permite que me asombre y que me ría..., ó, mejor, que nos riarnos, porque voy á avisar á mis amigos. ¡Já, já!

El escarabajo, después de estas palabras envenenadas, acabó de descender por el tronco de la encina y llegó al suelo, donde empezó á buscar insectos de toda clase, á los que congregó al pie del tomillo, convertido en picota para la pobre araña, que, avergonzada al verse víctima de la curiosidad agresiva del vulgo, suspendió

su tarea y paseó una mirada triste sobre la abigarrada multitud.

En ésta había de todo, de todo lo malo. Orugas que, al saber que se trataba de molestar á alguien, se arrastraron con toda la presteza posible en pos del escarabajo; estúpidos saltamontes que se agregaron al burlón cortejo imitando á aquel Vicente que va, aun sin saber á qué, adonde la gente vaya; cochinillas, grillos, zánganos, muchos zánganos; gallinas ciegas; bastantes arañas, ¡oh dolor!, que á veces ni entre hermanos crecen y viven la justicia y la intención honrada...; mil y mil insectos de toda casta, edad, tamaño y condición, desde los que tienen cuatro patitas hasta los que tienen ciento, con antenas ó sin ellas, con élitros ó á cuerpo gentil, blancos, verdes, rojos, volando ó arrastrándose... Pero todos idénticos, porque á todos les faltaba, como á muchos hombres, lo que entre los hombres se llama caridad.

Ved, sin embargo, un caso curioso. Ni las abejas ni las hormigas pudieron asistir: según dijeron, sus ocupaciones se lo impedían.

Decíamos que ante semejante público y asaceteada por sus burlas epigramáticas ó soeces, que de todo hubo, la pobre araña estuvo á punto de perder el sentido. Y aun eso fué poco sufrir comparado con el dolor de ver cómo el

escarabajo, más atrevido ó más envidioso, subió hasta su obra y de una patada le hizo un terrible desgarrón...

¿De qué servía pensar, de qué sentir como ella, si la ajena maldad lo hacía inútil todo?

Oyóse entonces el melodioso cantar del ruiseñor, heraldo y trovador de las hadas: anunciábase la llegada de la gentilísima señora de aquellos contornos.

La araña miró tristemente su obra. ¿Cómo ofrecer aquella tela desgarrada, precisamente por quien no hubiese podido construir otra?

Comenzaba á pasar el séquito real. ¡Ay de la araña! ¿No hay quien la compadezca en su desventura?

Ah, sí: ved el rocío cómo desciende sobre el manto y, cuajándolo de gemas, oculta el boquete; contemplad cómo el padre sol envía su primer rayo sobre aquella obra maravillosa y arranca de las perlas del rocío vislumbres cegadores... ¡Qué esplendoroso manto de corte!

El hada lo ve: el hada lo quiere. Detiénese el séquito. La infeliz araña es conducida á la presencia augusta y luego, con todo cuidado, ayuda á las camareras á prender el tisú sobre los hombros principescos...

—Para vos lo tejí, señora. Perdón si es cosa indigna de vos, por humilde.

—No sólo lo acepto sino que desde hoy las arañas de tu casta tendrán el honor de tejer los mantos todos de la corte: pasará de madres á hijas.

Y así ocurre, en efecto.

Pasó luego que, como todo se sabe, la conducta del escarabajo llegó á oídos de la señora hada, quien, haciendo justicia, encargó al negro bicharraco del más vil y mal oliente oficio de la república: hízolo de por vida alcantari-llero y habitante forzoso de los muladares, donde el ambiente es propicio al desarrollo de la envidia.

Cuando la feliz araña, en las noches de invierno enseñaba á sus arañuelas á tejer, deciales, comentando su propia historia:

—Ya veis cómo no hay buena intención perdida ni gratitud que no fructifique. Para cada idea noble, para cada sentimiento delicado, aunque sea de araña, tienen los dioses arriba premios brillantes como el rocío y esplendorosos como el sol, que avaloraron y enriquecieron mi obra modesta, y en la tierra las hadas dignas de serlo recompensas útiles como el honroso cargo que en la corte nos fué conferido. Si lo mirásemos despacio las arañas, y aun todo bicho viviente, comprenderíamos que no vale la pena de ser malo.



PARA VIVIR SIEMPRE, SIEMPRE...

De codos sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, cerrados los ojos, subidas hasta la frente las inútiles gafas, rodeado de infolios y papeles, medita el sabio: es el gran trabajo de su existencia, el maravilloso descubrimiento de

la *vitalina*, lo que embarga su espíritu. La propiedad esencial del nuevo alcaloide habrá de ser, si las fórmulas no mienten, si la ciencia es digna de la adoración ciega que algunos le rinden, alargar indefinidamente la vida de los hombres. Supresión del dolor, supresión de la enfermedad, supresión de la muerte...

La fantasía arrastra la imaginación del sabio, cuyo espíritu asiste á una representación de la apoteosis universal... ¡El alcaloide de la inmortalidad! Sí; él sería inmortal, porque la *vitalina* sería, no ya el invento del siglo, sino el invento de los siglos, de las eternidades.

El éxtasis se hizo tan profundo que el hombre de ciencia no advirtió cómo una ráfaga de aire fresco y húmedo, abriendo violentamente el ventanal del laboratorio, irrumpió en él sin resepeto alguno, ni aun para las plateadas melenas y luengas barbas del sabio meditabundo, que fueron desordenadamente zarandeadas por el malhumorado intruso.

Sólo Dios sabe cuánto tiempo hubiese volado la fantasía del doctor; pero lo que no se logró de otro modo más ruidoso púdolo una vocecilla misteriosa, leda pero penetrante, que decía:

—¿Por qué habré caído? ¡Me encontraba allá arriba tan feliz!

Suspenso quedó el sabio un instante. Volvió la venerable cabeza y escrutó en su gabinete en

busca de la personita que tan afligidamente se lamentaba de su fortuna adversa.

Nada vió; todo en orden; ningún detalle revelaba allí la presencia del incógnito interruptor de los sueños del sabio.

Repitiéronse las quejas y suspiros, tenues, insistentes.

La curiosidad del doctor llegó á su colmo. Con voz conmovida inquirió:

—¿Dónde estás? ¿Quién eres?

—Mira aquí, sobre tu mano, y lo sabrás. Ayúdame y habrás ganado mi pobre pero sincera gratitud.

La estupefacción del investigador creció hasta lo indecible. Sobre su mano temblorosa se veía una gota de agua, diáfana, purísima. ¿Sería ella?

—No te asombres. Yo soy. La gota de agua... He tenido la desdicha de caer... Estaba en una nube... Entré por la ventana, en alas del viento, y me tocó posarme donde estoy... ¡Tenme lástima!

—Desgraciada parece—replicó el doctor, curado ya de sus espantos—; ¿qué puedo hacer por ti?

—No lo sé; pero estoy muy necesitada de auxilio, ó al menos de consuelo. He sufrido tanto en la tierra, que al caer de nuevo sobre ella he sentido un pesar horrible...

—Sufrido... caer de nuevo... ¿Qué quieres decir?

—Escúchame y juzga.

El doctor contuvo el aliento y prestó atención. Parecía más que un viviente la estatua de la curiosidad.

Y la gota de agua comenzó:

—No sé dónde nací, ni cuándo. Sólo recuerdo que en el momento de nacer del fondo de la tierra me hallaba rodeada de centenares de hermanas mías... Unas me disputaban la vez... otras me empujaban. Por lo visto había prisa. Prisa de salir á la luz. Antes de nacer todo era obscuro para nosotras; luego nos inundábamos de claridad y de alegría al vernos transparentes, brincar alegres y bulliciosas, como dudando qué camino emprender, y aun si emprenderíamos alguno; pero había que ceder el puesto á las que surgían detrás de nosotras.

Emprendimos, pues, una carrera desenfrenada, que duró poco, y nos deslizamos más tarde mansamente por entre dos barreras floridas, lindísimas. Eramos arroyo. ¿Se dice así?...

Bien. En aquel incesante movimiento reflejábanse en mi seno las más variadas imágenes: puedes creer que la imposibilidad de retener ninguna me contrariaba mucho. Pero, ¿cómo huir de la corriente?

Una vez quiso mi fortuna brindarme la oca-



sión. Una preciosa criatura de ojos celestes y cabellos de color de sol, bañaba un manojo de flores en el arroyo. Besé una de ellas con furia y fuí suspendida... La encantadora niña me precipitó de nuevo en el arroyo, sacudiendo el ramo, que aún tuve tiempo de ver prendido en el pecho de la hermosa. Este fué mi primer dolor...

Caí, como te he dicho, entre mis hermanas, y no lejos del lugar de mi pasajera felicidad, quiso el destino, como correspondiendo á mis tristes pensamientos, ennegrecer nuestro itinerario. El arroyo desaparecía bajo la tierra: habíamos dejado de reflejar la alegre luz del firmamento.

Salimos, al cabo, de la tenebrosa prisión: entramos en caudaloso río, en el que apenas se hizo caso de nuestra presencia. La corriente se hizo violentísima; á decir verdad nos abandonamos placenteramente al delicioso vértigo; entre nosotras se deslizaban silenciosos y rapidísimos miles de esbeltos peces, encantadoramente matizados, en direcciones caprichosas...

Entre mis regocijadas compañeras empecé á notar movimientos de terror, porque nuestro paso se hizo inusitadamente peligroso por lo rápido...

De pronto, un choque: algo impedía nuestro

descenso violento... Saltamos con increíble furia... Algunas de nosotras se deshicieron, se pulverizaron y su muerte vistió el aire con los brillantes colores del iris...

Las gotas que tuvimos la suerte de salir ilesas de aquel trance, cuando caímos, nos apresuramos á huir del lugar funesto, dejando á nuestras incompletas hermanas en la tarea de reconstruirse, girando acá y acullá, en locos remolinos, rotas, dispersas.

.....
Llego al término de mi cansada historia: al acontecimiento que me ha hecho odiar la tierra aun habiendo nacido de su seno. Antes que permanecer en ésta... ¡todo! Sigue escuchándome...

—Con el mayor interés te oigo—dijo el interlocutor de tan singular criatura.

—Digo que huíamos. Siempre nos parecía estar demasiado cerca de la catástrofe... Nosotras que tenemos fama, bien merecida, de charlatanas y murmuradoras, no decíamos entonces ni una palabra. Nos abrumaba el triste recuerdo de la aventura.

Pero en la vida de una pobre gota de agua los episodios se suceden incansables...

Nuestro río se dividía en dos. Preciso elegir... No vacilamos mucho tiempo... Uno de

los brazos, el menos caudaloso, tenía en sus orillas rocas y piedras agudísimas ó tajantes que, internándose en el agua, nos hubiesen producido dolores insoportables. Por supuesto, nada de flores, nada de follaje; aridez y desconsuelo para la vista en todas partes.

En cambio el otro... ¡cuánta gaya flor en las bordadas márgenes! ¡Cuán plácida la corriente en que mis hermanas voltejaban sin temor alguno! ¡Cauce encantador!

Por él me lancé en tropel con mis desocupadas compañeras. También allí bullían coloreados peces, que parecían rayos de luz, apisionados en cárcel cristalina... ¡Todo era allí hermoso! Pero el término de aquel camino de dichas inefables era... ¡espanta recordarlo!... era un lago sucio, fétido, en el que las gotas de agua repugnantes nos recibieron solícitas, diciendo:

—Pasad, pasad. Hay sitio para todas.

Yo procuré sustraerme á la compañía de aquellas degradadas que no parecía que hubiesen sido transparentes jamás; pero me fué imposible.

Rodeada, aturdida, presa al cabo, me vi bien pronto tan asquerosamente manchada como las que más lo estuviesen entre mis nuevas antipáticas compañeras.

Oye: si hay algún ser en el mundo que sabiendo que un camino conduce allí adonde no se quisiera llegar, lo sigue, es seguro que morirá de remordimientos. De ellos moría yo, amable oyente mío, á pesar de haber elegido tan funesto cauce sin saber cuál era su término. Yo, cenagosa; yo, opaca... ¡medio muerta de asco de mí misma!...

Huyendo del centro de aquella pestilencia, sin éxito, porque la pestilencia iba ya en mí, llegué á la orilla, donde por fuerza hube de detenerme, lamentando mi horrible desventura, más horrible cuanto más fácilmente hubiera podido evitármela.

En estos coloquios íntimos andaba yo cuando sentí lo que jamás he sentido: una placidez inefable, una dulzura sin par, un tibio y suave calor que, penetrándome, consolaba mi tristeza. A poco sentí que me elevaba, ensanchándome, purificándome... ¿Cómo explicarlo?... Yo era yo y, sin embargo, no me conocía. Era el mío un estado de singular perfección y felicidad... Limpia de nuevo, de nuevo dichosa... Sin dejar de subir, acercándome cada vez más al cielo azul y al sol de oro, llegué á un punto del que no pasé, así como otras muchas de mis compañeras, purificadas como yo, como yo en beatífico éxtasis... No podéis pensar la incompa-

rable alegría de vivir en las nubes. ¿Cuánto tiempo así? No lo sé. El tiempo de la felicidad es el instante...

Una tremenda conmoción me ha hecho regresar á mi condición primera... Nuestro hijo, el rayo, alumbró cegador la transformación triste... ¡Otra vez gota de agua, pura sí, pero en peligro de volver al lago negro!... No, no. Todo antes que eso... ¡Sufrí tanto!... Tú, que me escuchas, que eres bueno y no querrás mi mal, ¿qué puedes hacer en favor mío?

—¿Quieres vivir siempre, siempre en el nácar de la nube viajera? Espera: te evaporaré en mi hornillo lentamente, para que no sufras...

—¿Y si cayese de nuevo?

—Tienes razón. Hay algo mejor...

La gota de agua quedó descompuesta en un extraño aparato... El oxígeno se incorporó al organismo del sabio mediante la respiración... el hidrógeno ardió tembloroso, agradecido, en una lucecilla azul, rápidamente extinguida...

El doctor, presa de tierna emoción, ocupó de nuevo su sitio y meditó con atención casi devota la estupenda aventura.

.....
.....

Cierta tarde le visitó un colega. Hallóle rasgando papeles, fórmulas, cálculos...

—¿Qué es eso?—preguntó el recién llegado.

—Destruyo mis trabajos sobre el descubrimiento de la *vitalina*. No tienen sentido común...

—¿Cómo? ¡No diga usted eso, doctor! Carece usted de derecho para privar á la humanidad de semejante maravilla... Creeré que no está usted normal...

—Crea lo que guste, compañero. No hay más elixir de larga vida que la pureza inmaculada. Me lo han dicho con toda clase de garantías... ¡Mis trabajos, lo repito, no tienen sentido común!

—¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

—Una gota de agua, amigo mío.

—¿Una gota de agua?

—Exactamente.

Era de evidencia que el doctor se había vuelto loco. Pero hay cosas de aparente evidencia que carecen de verdad fundamental.

Lo positivo era que nunca el sabio doctor había sido más sabio.

LO TUYO Y LO MIO

Aquí veréis un recuerdo de mi niñez: la memoria de una emoción pura de mi alma, que aún se estremece á la dulce remembranza...

Contaba yo á la sazón nueve años. Hace de esto, por consiguiente... Pero no. ¡Baste saber que hace mucho tiempo!

Entre los criados de mi casa figuraba un honrado matrimonio cuyos servicios hacía casi ilusorios la vejez; pero que fué siempre respetado en su destino en gracia á haber formado parte de la servidumbre de mis abuelos.

Este matrimonio tenía un defecto, á medias repartido entre marido y mujer, que le hubiera hecho insoportable, á no ser por el recuerdo de los méritos contraídos por la valetudinaria pareja.

Para ellos la vida matrimonial era una lucha perpetua; eran lo que se llama dos personas de mal genio, pero de un mal genio verdaderamente excepcional, de puro malo.

El asunto más insignificante, la cuestión más baladí era, no pretexto—se incomodaban con la mejor buena fe del mundo—, sino poderosa razón para emprender una polémica á grito herido, de indefinida duración, ya que no terminaba por un acuerdo, sino por agotamiento físico: una ronquera de la mujer, un acceso de tos del esposo... por causa de fuerza mayor, en una palabra.

Pero en esta ocasión la cosa iba de veras. Se trataba de que el viejo, recordando tiempos mejores, había consumido dos terceras partes del frasco de aguardiente de moras que su digna esposa guardaba, para un remedio, en lo alto de un viejísimo y carcomido armario. ¡Lo compraron para casarse!

El resultado de la incalificable calaverada lo presumirá el lector. Antonio, que así se llamaba el viejo, estaba alegre, muy alegre... ¡demasiado alegre!

Interrogóle su mujer, y no negó el hecho. Había bebido, porque lo que hay en España es de los españoles, y lo que había en su casa era suyo, y el que no lo quisiera así que lo dejara.

El estrépito de la discusión, con la que se mezclaban las sonoras carcajadas del alegre viejo, llegó hasta los pisos inferiores de la casa, que ocupábamos nosotros; y de algunas exclamaciones

maciones de la vieja y de las contestaciones incoherentes del marido se pudo venir en conocimiento de la causa de la pelotera de aquel día. ¡La primera, y eran las ocho de la mañana!...

De pronto cesó la disputa, y á poco todo volvía en la casa á recobrar su aspecto normal, desapareciendo las cabezas curiosas que en diferentes puntos de la escalera, y mirando hacia la claraboya, habían esperado el término de la pelea. Las criadas, á la limpieza de la casa; Julián, á lavar el faetón, que aguardaba su ducha en el centro del patio... y yo al palomar. Había que dar de comer á los palomos. Era la hora.

Este palomar, que constituía mis delicias, estaba en la azotea, y á ella me encaminé con la imprudente precipitación con que se sube ó se baja una escalera á los nueve años. Así ocurrió que, al llegar cerca de los escalones de ladrillo que daban acceso á la nombrada azotea, me vi precisado á recoger casi uno por uno los yeros que en una cajita llevaba. ¡El tropezón pudo haberme costado algo más que la molesta operación á que mis prisas me condenaban! Me lancé á ella con todo ardor y con mediano éxito. ¡Quién habrá ideado que los yeros sean redondos! ¡Habían corrido al desparramarse en-

diabladamente! Los había en todas partes: en los carcomidos de las tablas del pavimento; bajo el arcón del rellano; en los intersticios de



Los viejísimos escalones... ¡hasta los hubo que se alejaban de mí dando brinquitos de escalón en escalón, como burlándose!...

Todo esto va enderezado á probar que en aquella penosísima recolección de yeros había que invertir mucho tiempo. El suficiente para que yo pudiese oír que del cuarto de los viejos,

junto á cuya puerta me hallaba yo muy enipeñado en sacar un grano de un huequecillo en que se hallaba muy á su gusto al parecer, de aquel cuarto, decía, salían voces coléricas, pero contenidas.

Ella.—...Eso es... y de esa manera se acabarán estas disputas. ¡Qué dirán los señores!

El.—¡Qué dirán! Lo que dicen hace mucho tiempo. Que eres insufrible; que hice un disparate en casarme contigo...

Ella.—¿Dicen eso?

El.—No; pero lo debían decir. ¿Y quién sabe si lo dicen? Sobre todo, aquí estoy yo que lo sé, y no me muerdo la lengua.

Ella.—Bueno, pues por eso. Tú á tu casa, yo á la mía. ¡Se acabó!

Yo. (*Al paño, es decir, detrás de la puerta, y aparte.*)—Pero ¿qué es esto? ¿Se separan? ¿Se van? Y ¿á qué casa? ¡No tienen más que ésta que les da mi padre!...

Ella.—Y si el señor prefiere que se quede alguno aquí...

El.—No serás tú.

Ella.—Pues tú, menos.

El.—Bueno; las cosas en caliente. Partamos lo que aquí hay. Venga lo mío y quédate con lo que te toque. Tira de ahí.

Ella.—A escape.

Después de estas palabras, pronunciadas en voz baja, enérgica é incisiva por ambas partes, se oyó el sordo rumor que produce el arrastre de un mueble pesado.

Púseme de pie y pude contemplar por el ojo

de la llave que los pobres ancianos, haciendo, sin duda, inauditos esfuerzos, habían colocado en el centro de la habitación un arcón grande, levantado su tapa y tomado asiento en sendas sillas junto al depósito de sus bienes.

Un instante vacilaron. Sin duda ninguno quería ser el primero en introducir el brazo en las profundidades del arcón; al cabo se decidió ella, y, observando la prenda que pendía de su mano, dijo con cierto aire despreciativo:

—¡Tuyo!—y lo arrojó á un lado.

Era un chaleco rameado y floreado hasta lo inverosímil.

—¡Mío!—dijo luego, repitiendo la operación con una basquiña maravillosa.

Imitóla el marido, y durante algunos minutos sólo se oyeron en aquel cuarto estas dos palabras, repetidas indistintamente por uno ó por otro:—¡Mío! ¡Tuyo!—¡Tuyo! ¡Mío!

Y trapos y ropas volaban por el aire para caer luego en dos montones á alguna distancia.

Debo confesar que hasta aquí el espectáculo me pareció cómico en alto grado. Dos figuras que se inclinan alternativamente sobre un arcón abierto, que se mueven con dificultad, que repiten aquel *¡Mío! ¡Tuyo!... ¡Vamos, que me costó trabajo contener la risa! Además, á los nueve años necesita uno poco para reirse.*

Pero de pronto varió de un modo profundo la expresión del rostro de Antonio. Pintóse en él hondísima pena, é inclinándose pausadamen-



te, como con respeto, al fondo del casi exhausto arcón, sacó de él con temblorosa mano y delicoso gesto un paquete de papel amarillento por la acción de los años, y, abriéndolo con

cuidado, expuso su contenido á las miradas de su mujer.

La pobre vieja, no muy colorada de ordinario, se puso como la cera, y miró piadosamente lo que le mostraban.

—¿Qué será?—me dije, empinándome.

Antonio llevó á sus labios el paquete, y de él salió, empujado por el achuchón cariñoso que allí diera la desdentada boca del viejo, un trozo de tela colgando de unas cintas.

—¡A ver, á ver!—mascullaba yo con curiosidad imposible de describir. Y poníame sobre la punta de los pies, doloridos ya.

Al fin me enteré: sí, era el famoso escapulario que llevaba al cuello, el día que le mataron, aquel Andrés, hijo de los pobres abuelos, cuyas proezas en Africa nos refería Antonio sorbiendo lágrimas, al amor de la lumbre, en las noches eternas del invierno. El escapulario del Carmen, negruzco por la sangre seca del pobre Andrés, que dió su vida por la patria lejos de ella, sin besar á su madre... Lo conocía perfectamente: era la reliquia de los viejecitos, que la recibieron con la noticia de la muerte de Andrés en carta que desde Aguarrás (Wad-Rás), como decía Antonio, escribió el subteniente de Andrés á los padres infelices.

Y ahora hete á estas arrugadas personillas

á punto de decidir de quién era aquel triste despojo.

—¡Mío!—fué á decir Antonio.

—¡Mío!—intentó exclamar la viejecilla; y cogió el escapulario por un extremo...

—¿Tuyo?—preguntó el marido.

—¿Tuyo?—repitió la mujer.

Yo escuchaba conteniendo el aliento. Había algo en aquella escena tan sugestivo, que por nada del mundo hubiera yo dejado de contemplarla.

Miráronse los viejos en silencio. Por un instante se oyeron sus anhelantes respiraciones.

—¡¡Nuestro!!—gritaron con sus vocecillas de caña rota; y febrilmente, con fuerza que no se hubiera supuesto en ellos, enlazaron sus cuerpillos encorvados, apretando entre ambos el escapulario, llorando estrepitosamente y repitiendo:

—¡Nuestro, nuestro!...

Un sollozo capaz de ahogar á cualquiera me subió á la garganta, y durante un buen rato, con la frente apoyada en la puerta, sin compasión, á torrentes, lloré hasta desahogar la emoción intensa que me embargaba. Yo creo que si no hubiera podido llorar, me muero.

Aquel día no comieron las palomas.

EL MAL HERMANO

Había rendido mucho la pesca.

Las redes, siempre henchidas al salir del agua, más parecían contribuir al crecimiento de los bancos de sardina que á agotarlos.

El cargamento de plata viva que rebrincaba entre las mallas de la red llevó al fondo de las cabañas pan para hoy y hasta la posibilidad de guardar un mendrugillo para mañana. Ese mañana que junto al mar es seguro, el mañana del hambre, porque cuando las olas se encrespan, como defendiendo sus tesoros de la rapacidad humana, el marinero más esforzado se siente acometido de prudencia... La tempestad en tierra es una vislumbre del poder de Dios: en el mar es espejo de su ira, que los pecados

de los hombres desatan... Por eso los pescadores de Puertoclaro estaban aquel año satisfechos; y como por mucho pan nunca es mal año, las barcas iban y venían, los marinos remaban con furia sobre ellas; el mar dejaba hacer.

Un día volvieron todos menos uno; y Puertoclaro en masa se situó sobre los acantilados por si venía el que faltaba.

Era el pobre Juan de la Cruz, un mozo como un trinquete, tostada la piel y recios los músculos. Parecía que el mar no había de poder con él.

Pero pudo, ya se ha dicho. Un día no volvió. La galerna tumbó aquel día algunas lanchas, pero dando tiempo á las gentes que las tripulaban. A Juanillo, no. El y los suyos fueron al fondo. Y es lo peor, que sabía nadar. Nadie como él se escurría en el agua ni aguantaba tiempo y tiempo de bracear entre las olas verdes. Y es claro: cuando no se sabe nadar, se hunde uno y se acabó todo. Pero cuando se sabe, si se está lejos de la tierra, en el desamparo humano de alta mar, perdido en medio del líquido desierto, la vida quiere continuar, se nada, se nada, se nada... ¡Pero en vano, porque las olas no se cansan de pasar sobre la cabeza del naufrago, y una de ellas le arrastra, le ciega, le hunde!

Y eso sería lo que le ocurrió á Juan de la Cruz. Su agonía debió de durar horas.

Su pobre madre, cuando pensaba en esto, se estremecía y pedía á Dios fuerzas para tan grave pesadumbre.

Era viuda, y su único sostén era Juan de la Cruz: porque Tono, el otro hijo, era una mala cabeza, que por hacer las cosas al revés



ni siquiera había patronado las barcas de casa. Patronaba otras arrendadas.

Por supuesto, no dió nunca un real á la vieja. Cuanto ganaba lo guardaba con avaricia asquerosa. ¡Pensar que aquel hombre era joven y robusto!

Pero por mucho que esto doliese á la pobre madre, hubo que hacerse á ello, y ya se ha dicho: el único apoyo de la vieja era Juan de la Cruz.

Y Juan de la Cruz no volvió en toda la mañana de aquel día triste. Y pasó la tarde, y tampoco vino... La madre aún le esperaba por la noche... ¡Oh, las madres no se cansan jamás de esperar á sus hijos!

Todo Puertoclaro pasó por la choza de aquella viejecita.

Incluso Tono. El Padre cura le había dicho:

—Contra ley de Dios será que no ampares á tu madre, Tono. Hasta el mar se volvería contra tí, y ni un pececillo chico pescarías. Porque el crimen de desamparar á los padres las mismas fieras no lo entienden, que para eso se separan de ellas los hijuelos apenas nacidos...

Y Tono, que vió posible aquello de que el mar no diera pesca al mal hijo, fué á ver á su madre y le ofreció amparo. Pero no era corazón, sino cálculo, lo que le movía.

Pasaron los nueve días de la última salida de Juan de la Cruz, y se esperaba que el mar devolviese el cadáver para "salvar el ahogado", como se dice en aquella tierra. El mar no lo devolvió. La madre del muerto aún creía en una arribada forzosa de su Juanillo á tierras ignotas, á una isla lejana, á cualquier parte... desde donde se pudiera volver á Puertoclaro.

La verdad era que Juanillo de la Cruz había

hecho el viaje del cual no se vuelve sino á la hora del Juicio.

*
* *

La barca de Tono, impulsada por los remos de cuatro marinos que parecen tallados en roble avanza sobre las olas como una pluma. El mar semeja la palma de una mano infinita. No hay en él altos ni bajos. Las gaviotas rozan su superficie con vuelo tardo, suave, como si se recrearan contemplándose en aquel inmenso espejo.

En lo alto, el sol envía chorros de fuego sobre el mar azul.

En la proa de la barca, de pie, va Tono el patrón, al aire el pecho, desnudos los brazos, inquirendo con la vista, que protege con la mano á modo de visera, dónde está el banco de sardina.

—No te canses, Tono—grita uno de los remeros—. Están junto á los arrecifes.

—Pues vamos allá.

La barca hizo una virada y hacia los arrecifes fué.

Cerca ya de ellos dijo el timonel:

—¿Qué es aquello?—Aquello era un bulto in-

definible que sobrenadaba, abandonado al leve ir y venir de las olas, aquel día mansísimas.

—¡Aquí están!—dijo de pronto Tono—. ¡Echa la red!

Era cierto; cientos de miles de millones de sardinas pululaban en aquel paraje, como si se disputasen el lugar y el agua en que vivir. Era una bendición.

El timonel no había dejado de mirar hacia donde viera el bulto...

—Parece un hombre; ¡míralo, Tono!...

Miraron todos.

Uno de ellos dijo:

—Es verdad, es un hombre... es un ahogado.

—Es tu hermano... Tono. ¡Es tu hermano!
¡Ya pareció!...

También era cierto. A bastantes brazas de la barca flotaba el cadáver de Juan de la Cruz. Algunos detalles de su ropa le hicieron visible y fácil de conocer para aquella buena gente, que ve como las águilas... ¡Oh, si le hubiera visto la viejecilla, comida la cara, en jirones la ropa, hinchados los miembros y el cuerpo todo!

—¡Vamos por él!—exclamaron los marinos. La barca viró.

Tono, que sin estremecerse había contemplado rápidamente el cuadro, volvió á mirar al banco de sardina.



—¡Quietos todos!—gritó al observar la guiñada de la barca—. ¿Vamos á perder el banco.

ahora? Juan de la Cruz no necesita de vosotros ni de nadie. ¡Echa la red!

—¡Pero parece imposible! Mira que es tu sangre—objetó el timonel, que era el más viejo.

—A bordo no manda nadie más que yo. ¡Echa la red!

Los hombres compasivos no se atrevieron á insistir, y comenzó la pesca.

Entre tanto el cadáver de Juan de la Cruz derivaba hacia los peñascos de los arrecifes, como buscando en ellos asilo más blando y suave que el corazón de Tono.

*
* *
*

No faltó quien recogiera al pobre muerto.

En los peñascos varó al fin aquel casco inútil, y de allí lo arrancaron manos piadosas. Como no había entre el peñascal ni los siete palmos de tierra precisos para hacerle á un hombre la última cama, los restos de Juan de la Cruz, envueltos en una lona, fueron llevados á Puertoclaro á bordo de un bote.

Pero aquella misma noche supo todo el pueblo que ese bote no había sido el de Tono, que prefirió pescar sardinas á disputarles la carne de su carne, recogiendo de entre las olas el cadáver de su hermano.

Y todo el pueblo se escandalizó, porque no habían visto un caso semejante.

La madre lo llegó á saber; á la novia de Tono se lo dijeron...

Y el día de los funerales ni un solo pescador



dió á Tono un apretón de manos de pésame; la abuela no lo miró siquiera, y la pobre Rosa, la novia de Tono, se fué á él y le dijo:

—Se ha acabado todo entre los dos. Quien es para los suyos como tú, ¿qué será para mí?

Tono quedó solo en medio de la iglesuca de Puertoclaro, que nunca le había parecido tan grande...

Pasó el tiempo, y nunca se vió á Tono acompañado de nadie. El pueblo entero se apartó de él como de un apestado...

Un día no pudo más, y embarcándose en su falucho bogó mar adentro, perdiéndose para siempre en la inmensidad.

¿Adónde fué? Nadie lo sabe.

Pero dondequiera que haya ido llevará sobre sí la maldición de Dios, de aquel Dios tremendo que preguntó un día á un mal hermano:

—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

ALMA DE FRAILE

Historia es, no cuento. Y no la doy por verídica para remedar el "yo lo vi" de los que desconfían de ser creídos. Historia es, y por juzgarla edificante é instructiva la desempolvo.

.....

Era una tarde de estío, cercana al crepúsculo. Mi padre y yo recorriamos en coche la campiña valenciana, exuberante de verdor y lozanía. La carretera polvorienta serpenteaba en la falda de un cerro, á cuyo pie se asentaban varios pueblecillos blancos, amparados por las torres de las iglesias respectivas, cubiertas de tejas azules, cuyos metálicos reflejos herían la vista, arrancados por los últimos rayos del sol.

Las golondrinas y los aviones, en rapidísimos giros, rozaban con sus ágiles cuerpecillos los enhiestos penachos blancos de los maizales verdequeantes y lustrosos. Mi padre y el cochero hablaban del campo y de la cosecha: yo

miraba con avidez la línea azul del Mediterráneo, que allá á lo lejos cerraba el horizonte, interrumpida por las diminutas manchas triangulares de las blancas velas latinas.

Ellos en su charla y yo en mi muda contem-

plación, estuvimos largo rato.

De pronto oí decir á mi padre:

—Pára, Tonet.

Y el coche detuvo su marcha.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Aquello que se ve en el recuerdo ¿es un fraile?

Miré en la dirección indicada, y contesté:

—Sí, un fraile es.

—Pues aquí le esperaremos.

La figura del religioso fué agrandándose, y destacándose con fuerza las obscuras líneas de su hábito; á poco pasaba junto á las ruedas de nuestro coche.



Era un hombre de unos cuarenta años, envejecido prematuramente, de austero semblante. Vestía el hábito de los Franciscanos, y llevaba sobre el hombro derecho las sandalias por toda alforja. Sus pies desnudos se hundían en el polvo del camino, dejando en él huellas profundas.

—¡Alabado sea Dios!—dijo el religioso sin detenerse.

—Por siempre—contestó mi padre; añadiendo:—¿adónde va, hermano?

El fraile detuvo su paso, y volviendo el rostro, dijo:

—A*** Mi padre se muere, y he podido venir á cerrar sus ojos.

—¡Pero ese punto está muy lejos de aquí! Suba, suba y llegará antes. Nosotros volveremos á pie.

—Dios le pague la intención, pero he pensado llegar hasta allá á pie...

—¡Y descalzo!—exclamé yo.

—Sí; lo ofrezco como penitencia. Quizá Dios me conserve al viejo unas horas más—dijo sencillamente el religioso.

—¡Pero si está tan lejos!—insistió mi padre.

—Llegaré.

—Y hay que pasar el puerto del Cabut, que es todo peña.

—Llegaré, con la ayuda de Dios.

—Sea como usted quiera, hermano. Tonet
—añadió mi padre, dirigiéndose al cochero—,
da la vuelta, y á casa. ¡Dios le acompañe!



El fraile nos saludó con dulzura, y siguió andando.

Nosotros volvimos camino atrás, y á la in-

decisa luz del anochecer pudimos ver la silueta del franciscano, que, ascendiendo penosamente, aparecía y desaparecía hasta perderse definitivamente en las vueltas y revueltas del camino, bordeado de pitas y chumberas.

Tonet nos dijo luego que al caminante le quedaban lo menos quince leguas que andar.

II

Al cabo de algunos días decidió mi padre ir á*** con el fin de visitar una hacienda, no muy cuidada, que allí tenía.

Estas excursiones eran mi encanto, y cuando yo vi á Tonet preparar el coche, hice la oportuna solicitud de licencia para acompañar á los expedicionarios. Me fué fácilmente otorgada, y partimos.

Desde Gandía, donde estábamos, á*** tardamos en llegar... ¡qué sé yo!... mucho tiempo. Sólo recuerdo que cenamos en este último punto, y tarde. La comida fué en Gandía, y partimos á poco de comer.

En la hacienda no se nos esperaba, mejor dicho, no se esperaba á mi padre, que de mí poco podría temerse.

Aquellas gentes disimularon su contrariedad, y fuimos obsequiados hasta la pesadez. Yo me

atraqué de fruta y de tortas, dando motivo á que mi padre me llamara al orden.

El arrendatario dijo:

—Déjele, que esto es sano. Sobre todo—añadió riendo su propia desgraciada gracia—ahí tenemos un fraile para lo que se ofrezca.

Mi padre perdonó la grosería en gracia á la idea de que aquel fraile fuese el que hubimos de encontrar en el camino.

—¿Está aquí?—preguntó mi padre.

—Pero ¿usted le conoce?—le contestaron.

Mi padre explicó lo ocurrido.

—Pues ese debe de ser. Ha resultado ser hijo del pastor, el tío Nelo, ya se acordará usted. Vino á verle morir.

—¿Y llegó á tiempo?

—Sí, porque Nelo la entregó esta mañana.



Por cierto que las ovejas lo han sentido más que su hijo. ¡No ha soltado una lágrima, y allá está reza que te reza con una calma, que parece de hielo!

Mi padre interrumpió la charla insubstancial de aquel majadero, y dijo, abandonando la mesa:

—Que preparen las camas. ¿Dónde está el cadáver de Nelo?

—En la ermita lo quiso poner el fraile, y como allí está mejor que en casa, le di la llave.

Mi padre no oyó lo último, y cogiéndome de la mano me llevó consigo.

La serenidad de aquella noche estival, azul y clara, no bastó á tranquilizar mi ánimo.

Recuerdo como un sueño lo que ví. La ermita, sin más luz que la de una lámpara de aceite, me infundió temor. Yo no había visto nunca un cadáver. El del tío Nelo, rígido sobre las losas del pavimento, hizo palpitar mi corazón con fuerza desconocida, y me acerqué á mi padre instintivamente.

El fraile estaba de rodillas, junto al cadáver, cruzadas las manos. Al parecer, oraba.

El parpadeo de la luz de la lámpara desfiguraba las facciones del muerto y las del vivo; sentí mucho miedo.

Mi padre no osó turbar aquella calma, y nos

detuvimos en el umbral de la ermita. Se arrodilló, y yo le imité. Rezó mi padre, y yo, sin



saber á punto fijo por qué razón, rompí en sollozos.

En el cercano corral balaron las ovejas, y me pareció su balido más triste que el de todas cuantas oyera hasta entonces

III

Y llegó el día.

Supimos que el fraile partiría después del entierro, y que no había querido que se avisara á nadie para el fúnebre acto.

El, pues, enterró á su viejo, como él decía; él le había administrado los Sacramentos, él le había encomendado el alma. ¿Qué le restaba hacer allí?

Vino á despedirse. Nos vió sin sorpresa. A aquel hombre no había quien le sacara de su paso. Confieso que á mí me iba haciendo mella la reflexión del arrendatario. Parecía de hielo.

El colono, al decirle adiós, se volvió y masculló entre dientes:

—¡Fraile habías de ser! Cura y enterrador tenemos aquí. No hacías falta. Lo que hubiera necesitado Nelo es á su hijo, y tú no lo pareces.

Mi padre oyó esto, y, después de besar la mano al religioso, que me bendijo, volvió hacia el arrendatario, y le dijo:

—Me parece que anoche dijiste una imbecilidad como la de ahora. Ese fraile ha venido buscando á su padre, de veinte leguas de aquí, en el fondo del valle, y ha venido á pie y descalzo. Ha rezado y no ha llorado, porque más

ama á sus muertos el que les reza que el que los llora. ¡Eres un pobre hombre!

Creo yo que el arrendatario no entendió gran cosa de todo esto, porque abrió los ojos muy espantado, y sólo dijo:

—Como usted quiera, señor.

IV

Acabados los quehaceres de mi padre en la hacienda de *** volvimos á Gandía.

En el camino alcanzamos al religioso, que regresaba á su convento, al hombro las sandalias, como la tarde de nuestro primer encuentro.

Mi padre formuló de nuevo su deseo de que el fraile subiese al carruaje...

—Pero entonces quería usted verle—dijo al religioso—, y la penitencia alcanzó esa gracia.

—Y ahora, también ahora quiero verle—dijo nuevamente aquel santo varón, señalando al cielo.

Y siguió andando. Sus pies, destrozados, dejaban en el camino huellas sangrientas.

Y á mí me parecía que trazaban una senda de dolor, muy estrecha, muy larga, que llevaba muy lejos y muy alto...

EL SALVADOR

I

En un cuchitril infecto, alumbrado por humosa lámpara de petróleo, alrededor de una mesa, en la que el mugre eclipsa al barniz, y ante sendos jarros de vino, hablan sigilosamente tres hombres.

Uno de ellos, fuerte, robusto, de franco pero triste mirar, habla con calor.

Los otros dos, de torvo aspecto y recelosa actitud, parecen prestar más atención á los rumores de la calle que á las palabras de su compañero.

Sin duda les va algo en lo que en la vía pública ocurre, y ello debe ser grave. Toques de corneta, voces de mando, exclamaciones y alaridos de muchedumbre insubordinada... Una descarga... Silencio de muerte... Todo eso llega al fondo del cuchitril.

—Por eso vengo. Sé que necesitáis un brazo, y que lo pagáis bien. Mi gente se muere de



hambre. A mí aún me queda que perder. ¿Qué deseáis?

Los tipos de aspecto torvo y actitud recelosa se miran: uno de ellos inquiere:

—¿Estás seguro de que podrás hacer lo que te encarguen?

—Lo que sea. ¿A qué he venido aquí?

—Es que si...

—Lo que sea, he dicho.

—Dan cincuenta duros —añade el que no ha tomado aún parte en la conversación—. Pones la piel y la libertad. Este es el trato.

—Pues trato hecho—replica resueltamente el aludido, bebiendo luego un largo trago.

Imítanle los interlocutores, y uno de ellos dice, sacando de su faja con mil precauciones un objeto oblongo, de color obscuro, que deja sobre la mesa.

—Hay que dejarla en la entrada del convento con la mecha ardiendo. ¿Conviene?

—¡Una bomba!—exclama reculando instintivamente aquel á quien la pregunta se dirige.

—¿Crees tú que cincuenta duros se ganan rezando el Rosario?—le replican.

—¡Cincuenta duros!

—Míralos.

El infeliz devora con la vista aquel fajito de papeles, como sugestionado. No ha visto tantos nunca. Su familia se muere de hambre... ¡á otros les sobra todo!... Piensa en alta voz, y la maldita tentación dice por boca del que le enseña el dinero:

—Sí les sobra, sí. Esas tales de monjas, bien guardadas detrás de sus rejas, no habrán deja-

do de comer, mientras la tropa fusila en las calles á los hijos del pueblo...

Los fusiles truenan de nuevo. Su fatídico ¡prrrúm! llega distintamente al cuartucho miserable en que se trama el inicuo atentado.

—Sobre todo—sigue diciendo el inductor—, si tú eres vivo no hay modo de que se sepa quién la ha dejado... El fuego de la mecha hará lo demás, y entre tanto, tú tienes tiempo sobrado para huir...

—¿Qué hacemos?—Pregunta el *adlatere*.

—¿Cuándo hay que hacerlo? ¿Cuándo se cobra?

—Esta noche todo. A las doce, rematado el *negocio*.

—¿Aquí?

—Aquí.

.....

La fisonomía del desgraciado comprometido á tan negra acción adquiere un tinte lívido á despecho de las libaciones, y visible aun á la mortecina y fatigosa luz de la lámpara.

—Venga—exclamó de pronto, poniéndose en pie—. Yo también quiero vivir.

—Guarda eso con cuidado—le dijeron, señalando á la bomba.

Hácelo así, y, extendiendo sus brazos alarga

las manos á sus infames camaradas, que éstos toman entre las suyas.

—¿A las doce?—les pregunta.

—En punto—le contestan.

Y con gran cautela, después de reconocido

el terreno, Juan Antonio sale del antro, en el que penetra una ráfaga de aire fresco y puro que hace vacilar la llama amarillenta del quinqué.



*
* *

En la calle había cesado el tumulto.

Juan Antonio, al recibir en sus

pulmones oxigenado ambiente de la vía, lo aspiró con fuerza, procurándose inefable sensación de bienestar.

Miró á un lado y á otro. No vió á nadie. Pasos lejanos se perdían entre los rumores de la noche. Palpó con cuidado su faja. *Aquello* estaba seguro; echó á andar.

Antes de llegar á la esquina, una sombra se interpuso, y cruzando un arma de fuego, preguntó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

A Juan Antonio le dió un vuelco el corazón. A lo lejos cruzaba una patrulla de caballería. La población estaba tomada militarmente, sin duda.

Juan Antonio contestó con insegura voz, y siguió su camino, sobresaltado, creyendo ver un espía en cada sombra, confundiendo la suya con la de alguno que siguiera sus pasos...

—No hay más remedio—murmuraba—. A las doce, cincuenta duros. Mañana, pan.

Y seguía andando.

II

La esposa de Juan Antonio y sus hijos, tres criaturillas desmedradas y enclenques, aguardaban la vuelta del ausente en la mísera guardilla, á obscuras, hambrientos, en silencio. Los chiclelos se distrajeron al sonar los toques de corneta, acurrucándose junto á su madre al oír los primeros disparos.

—¡Ay, mi Juan Antonio!—repetía al oír las descargas. Y estrechaba á sus polluelos, como temiendo perderlos.

—¡Tengo hambre!—decía uno.

—¡Tengo miedo!—decían todos.

—Ahora, ahora vendrá padre—contestaba la mujer—. Ahora vendrá padre.

Y lo repetía como para llevar á su propio ánimo un convencimiento, menor á cada minuto más de ausencia.

Para la infeliz criatura la inusitada tardanza de su marido no podía parecer extraña, porque Juan Antonio había dicho al marcharse al anocheecer:

—Voy á buscar pan. Si lo encuentro, volveré; si no lo encuentro...

El portazo había cortado la frase y evitado á la mujer la pena de oír la blasfemia con que Juan Antonio la terminara.

Pero la expresión, el gesto, el ademán, se lo habían dicho todo.

Si; si Juan no encontraba pan, se mataría.

¡Ah! Si no hubiera sido por aquellos pobrecitos hijos que la rodeaban, ella hubiese ido en seguimiento de su marido. Así no le quedaba otro recurso que llorar y rezar.

Si Juan Antonio rezase... ¡Pero hacía tanto tiempo, que no había podido reducirle! Sólo en los tres ó cuatro primeros meses de su matrimonio. Después, ni un Avemaría... Los amigos y compañeros de trabajo lo habían vuelto

del revés. Y las consecuencias eran para ella y para sus hijos, ¡para los inocentes! Esto era una injusticia muy grande, sí, muy grande.

La pobre mujer alzó los ojos y miró al cielo por el agujero que ponía en comunicación el tabuco con el aire respirable.

Arrepintióse de haber juzgado temerariamente de Dios. Ella no, Dios mío, ella no era inocente, sino una mujer: ¿quién sabe qué delitos purgaba ahora?

Pero sus hijos nada debían aún; ¡Señor, protección para ellos, pan para ellos... para ellos y por ellos, todo...!

Arrodillóse, abrazándolos, y rezó, con el rostro frente al cielo, resplandeciente de estrellas, sublimemente sereno.

III

Entre tanto, Juan Antonio llegaba al término de su viaje.

Frente á él, á no mucha distancia, se alzaba la negra silueta del convento, en cuya fachada, á la altura de un hombre, la débil luz de un farolillo iluminaba una hornacina, en cuyo fondo se exponía á la piedad de los viandantes una imagen del Crucificado.

Juan Antonio paró un momento, dominado

por un temor que procuró rechazar de sí mirando á uno y otro lado, como si lo que turbase su espíritu fuese la idea de ser visto de los hombres.

No era así, sin embargo, porque no se oía ni el rumor de pasos lejanos: Juan Antonio estaba solo y no osaba avanzar...

—¿Soy un hombre?—se dijo—. ¿Qué hago aquí como un estúpido? ¡Adelante!

Y avanzó hasta llegar al portal mismo del convento. Aplicó el oído. Nada. Ni el más leve ruido.

Juan Antonio palpó en su faja, buscó la bomba y la depositó sobre el umbral con mil cuidados.

Encendió una cerilla y la aplicó á la mecha. Un tenue chisporroteo se produjo. En un rincón del portal se vió una brasa rojiza...

El crimen estaba cometido.

Juan Antonio, como fascinado, clavó sus ojos en la ardiente mecha. Trató de separarse de aquel lugar de peligro; pero sus piernas no obedecían... Y la mecha seguía consumiéndose.

El ciego, el desdichado criminal, vió claro el horror de su conducta miserable.

Arrojóse sobre la bomba y, abrasándose los dedos, arrancó la mecha, arrojándola lejos de sí, en medio de la calle, donde siguió ardiendo.

Abrióse en esto la puerta del convento, y sobre su umbral se destacaron las figuras de dos soldados enviados allí por la autoridad



para proteger la vivienda de las vírgenes del Señor contra posibles desmanes de las turbas revueltas.

—¿Quién va?—gritó uno de ellos.

Atarugóse Juan Antonio y nada dijo.

—¿Quién va?—replicó la voz con más fuer-

za, mientras se oía un sonido metálico y seco, como el de montar un arma de fuego.

Los soldados avanzaron hasta Juan Antonio y le detuvieron.

El infeliz cayó de rodillas. El arrepentimiento y la emoción había vencido sus energías.

—Estará enfermo—dijo un soldado.

—Quizá herido—replicó su compañero.

—Metámosle ahí, que le asistan si lo necesita.

Y le arrastraron, medio desfallecido, al ancho portalón. La puerta se cerró tras ellos.

IV

Al cabo de algún rato, Juan Antonio pudo hablar. La solicitud cariñosa de las madres, volviéndole á la vida, le hizo derramar lágrimas, cuyo origen no comprendía bien aquella santa gente.

Le indicaron que podía partir, si lo deseaba.

—¿Hay aquí algún cura?—preguntó Juan Antonio.

—El señor capellán vive cerca—le contestaron.

.....
La confesión de Juan Antonio fué larga. El capellán le oyó entre horrorizado y compasivo. Juan Antonio salió del convento asido de

su brazo, fortalecido con sus consejos y con pan para su gente.

Al pasar ante el Crucifijo de la hornacina, dijo al sacerdote:

—Este, padre mío, este Cristo me ha salvado. Y usted, que no se ha espantado de mí y me ha oído.

El cura contestó con sencillez:

—Yo, no. Siempre y en todo, Cristo.



EL REPARTO EN LA REPUBLICA

El título de estos renglones no alude á la forma de gobierno de que parece hablar, sino á la de desgobierno en que viven á veces los estudiantes, hartos de la patrona y de sus guisotes, de la casa de huéspedes y de sus incomodidades.

Si un cuento fuese escrito á propósito para hacer profesión de fe monárquica, yo me permitiría hacer observar que si el vulgo llama "república" á la consabida forma de desgobier-

no de la vida, sus razones tendrá. Pero no se trata ahora de eso, y, además, no es en España donde urge enseñar á las gentes lo que la república trae consigo.

De lo que se trata y lo que urge, porque el preámbulo va siendo largo, es de presentar á ustedes la alegre reunión de Juan Pérez, estudiante de Medicina; Antonio González, aprendiz de abogado;



Luis Martínez, arquitecto en ciernes, y Manuel Fernández, futuro D. Nadie, pretérito matriculado en muchos Centros docentes, y vago actual, concurrente á otros centros no docentes, ni decentes siquiera, de ideas radicales y cultura exigua.

Estos son los caballeros que, abominando del cocido infame de D.^a Telesfora y de los diminutos y repugnantes compañeros con los que

la escasa policía doméstica de la nombrada señora les hacía convivir, resolvieron constituirse en "república". Manolo Fernández abandonó la casa de huéspedes, debiéndole tres mesadas á D.^a Telesfora.

Hete á nuestros hombres ocupando un cuarto modesto, ó un cuchitril espléndido, como se quiera, de una calle sucia y estrecha del Madrid viejo. No recuerdo su nombre, ni hace falta. En el instante de la presentación discuten los Sres. Fernández, Pérez, Martínez y González; y lleva el palo de la gaita, sin abandonarlo un instante, el gran Manolo. El que sabe menos es el que habla más en todas partes. Oigámosle:

—No le deis vueltas. Es imposible convencer á nadie de que está bien repartido el dinero en este mundo.

—Sobre todo si se trata de convencer á uno que no lo tenga—apuntó el abogadete en tono festivo.

—Eso es broma, y yo hablo en serio. Creen que está mal repartido unos y otros, los ricos y los pobres. Lo que ocurre es que los primeros se hacen los distraídos, y á lo sumo, se declaran "partidarios del orden". ¡Del orden establecido, naturalmente! Pero ¿dónde está la ley de justicia en virtud de la cual Rostchild lo ha de tener todo, y el mendigo de la esquina ha de

pedir limosna? ¡Hay espectáculos que sublevan! Anoche salía yo del Palacio del Billar. Hacía un frío de todo los diantres. Al pasar junto á la casa del Conde de *** vi á un obrero arriado á una de las rejas del sótano en que está la caballeriza. La reja estaba abierta. ¿Qué hace usted ahí?—le pregunté al obrero—. ¿Está usted malo?—No, señor—me dijo—. Es que por esta reja sube calor y... tengo mucho frío. Me indigné. Las sobras de la atmósfera tibia en que viven los caballos del Conde servían apenas para desentumecer el cuerpo de aquel proletario, de aquel pobre, de aquel hambriento...

—Tú—interrumpió Luis—, nuevo San Martín de la clase de ácratas, le diste tu capa al obrero.

—Es verdad—afirmó Antonio—, viniste sin ella.

—No—dijo Manolo, perdiendo algún calor oratorio—. Es que la empeñé luego. Pero, á lo que íbamos. El Conde, partiendo su fortuna con ese obrero, daría la fórmula de la nueva humanidad. ¡El reparto, el reparto: esa es la solución!

El futuro letrado preguntó entonces:

—Pero ¿tú crees eso de veras? Si esa es la mayor de las majaderías, querido Manolo.

¿Dónde dejas la desigualdad humana? ¿Dónde dejas los diversos resultados del trabajo, del ahorro y hasta de la vida virtuosa?

Manolo hizo una mueca de desprecio y respondió:

—Por lo que toca á la desigualdad humana, yo no veo, en el caso de que hemos hablado, sino la de que el Conde es un tío que se da la gran vida y goza por eso de la consideración de la gente, mientras que el obrero trabajará, si tiene dónde, para mal comer, y pasará muchas hambres al cabo de cada año. Ciertamente, no son iguales los pobres y los ricos. Pero es por eso, la desigualdad sale de ahí.

—¿Y no crees posible—objetó aún Antonio—que la desigualdad sea anterior á esa situación material?

—Lo niego. Somos todos iguales.

—En cuanto á la especie, es claro. Todos somos hombres. Pero somos hombres desiguales.

—Pues esta idea agita á las masas, las enfurece, las precipita. Por algo es—dijo Manolo—. No está lejano el día en que, saltando por todo, arrastrándolo todo, los hambrientos invadirán los palacios y tomarán lo que se les niega, lo que es suyo. Lo que es nuestro, porque yo seré de los que vayan...

—A empeñar la capa para dar unos golpecitos á la sota—dijo el zumbón del abogado.

—Donde vayan los que sufren, los que no comen, los desposeídos—gritó Manolo, soltando un taco y puñetazo en la mesa, que probó ser más fuerte de lo que parecía, no desmoronándose entonces definitivamente.

—No hay que incomodarse por tan poco—dijo entonces Juan, terciando por vez primera en la contienda.

—Quiero que se respeten mis convicciones honradas—gruñó Manolo—. Es lo único que tengo.

—Como que no dan nada de empeño por ellas—dijo Antonio, soltando una carcajada.

—¡¡Antonio!!

—¿Qué hay, Manolo?...

De nuevo intervino Juan, y dijo:

—En serio ahora, compañeros. Eso de que las turbas hayan de venir á quitarnos á los ricos lo que tenemos, me ha puesto carne de gallina. Manolo, ¿tú crees que eso ocurrirá?

—Estoy convencido—dijo el interpelado.

—¿Tú tienes la evidencia de que el reparto allana todas las dificultades y nivela todas las condiciones y responde á la igualdad absoluta?

—Ya lo he dicho.

—Pues no hablemos más—dijo Juan, acaba-

do el interrogatorio—. He resuelto que ensayemos el sistema, adelantándonos á las terribles reivindicaciones de la masa. Señores: propongo que hagamos aquí, ahora mismo, un reparto de nuestros bienes. Veamos: ¿cuánto dinero tienes, Manolo?

—¿Yo? Ni un botón partido por la mitad.

—Perfectamente. Eres el digno representante de las turbas de famélicos cuya acometida hay que temer. ¿Y tú, Antonio?

—Por mi parte puedo contribuir al procomún con ocho duros que me ha dado mi notario, importe de los pliegos que le he escrito en las dos últimas semanas.

—Bueno: he aquí el jornal del obrero. Vengan los duros. Así, Luis, daca tus bienes, muebles é inmuebles.

—No tengo sino el dinero del mes que viene. Ya sabéis que me lo gasto todo, menos lo preciso para vivir. Ahí van los quince duros.

—Clase media pura. Yo ahora—dijo Juan—, pongo en el fondo social ¡dos mil pesetas que me han tocado en la lotería de hoy!

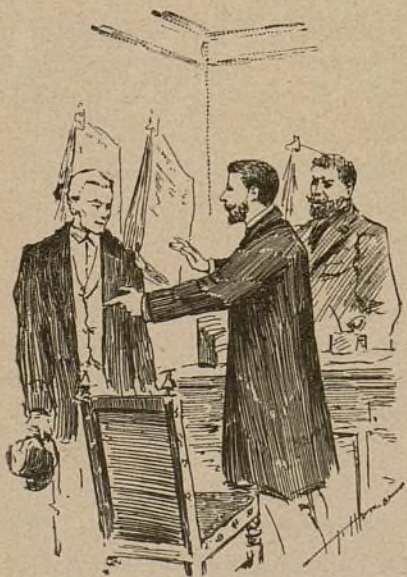
Una explosión de bravos, olés y exclamaciones alegres de todo género hizo retumbar las paredes del cuarto. La “república” fué dos veces republicana en aquel momento.

—Bueno, bueno. Cálmense los ánimos y ven-

ga papel. Hagamos la cuenta. Dos mil pesetas y setenta y cinco de Luis, más cuarenta de Antonio, más... las honradas convicciones de Manolo, suman dos mil ciento quince pesetas. Entre cuatro, á quinientas veintiocho, y sobran tres pesetas, con las cuales obsequiaremos á la portera, por ejemplo.

Con la admiración retratada en el semblante recibieron sus quinientas veintiocho pesetas Luis

y Antonio. Al recibirlas Manuel, oyó de labios de Juan estas palabras, pronunciadas con voz firme:



— Querido Manolo. Con esta cantidad habrá bastante para que salgas de trampas, me figuro. Este ensayo de reparto

de riqueza me cuesta, como ves, el dinero; pero lo hago con gusto. Una condición

impongo. Si por este procedimiento logramos que aquí haya, como tú dices, nueva humanidad, bien va, y todos contentos. Si, como se permite creer Antonio, las humanas desigualdades hacen inútiles estos desprendimientos, será preciso que busques otra "república" en la que avecindarte. ¿Estás conforme? ¿Me has entendido bien?

—Ya lo verás, hombre, ya lo verás. Si no hay como el reparto, señor. Todos iguales—decía Manolo embolsando sus pesetas—, todos felices. ¡No falla!

.....
Han pasado quince días. Juan reúne en torno de la mesa á sus compañeros, y dice:

—Vamos á ver. Situación de los ciudadanos de este falansterio. Tú primero, Luis.

—Pues mira, chico. En un regalo para mi novia, otro para mi madre, dos trajes y alguna otra cosilla, se me ha ido el dinero. Pero, no temas. Aquí están los quince duros del mes que viene. A eso no toco nunca.

—Veamos, Antonio.

El abogadete dió un suspiro, y respondió:

—Doscientas pesetas me quedan. Las otras trescientas y pico las tengo en papel del Estado, que he tenido el cuidado de firmar para no poder revenderlo. Quiero ahorrarle la matrícula á

mi hermano, que ha tenido un chico más y no podrá con tanto.

Juan dijo entonces:

—Como no necesitaba aquel dinero, puse mi parte en el Monte, y allí me espera. ¿Y tú, Manolo?

El aludido bajó la cabeza, y murmuró:

—¿Crees que quinientas pesetas van á ser eternas?

Juan le miró con lástima, y le dijo:

—Sé que no has pagado una cuenta. Sé que has perdido al juego hasta el último real de los que tus francachelas te han dejado disponibles, y sé, por último, que no hay que contar con esa humanidad nueva que el reparto había de traernos. Luis, por derrochador y atolondrado, aunque buen chico, y tú por vicioso y holgazán, no tendréis dinero nunca. Cierto que yo sabía ya eso; pero he querido que no tuvieras el pretexto de pensar que tus ideas se esterilizaban por falta de práctica.

Y ahora, si os parece, volveremos á discutir eso del reparto. D. Manuel Fernández tiene la palabra.

Manolo hizo un gesto grosero y salió de la habitación. La "república" había perdido un ciudadano y no había perdido nada.

EL TÍO PRODIGIOS

¿Habéis estado en Puertoclaro? ¿No? Pues no conocéis al tío Prodigios. Y vale la pena.

Este tío Prodigios es un anciano muy viejo, porque aunque es natural, mientras otra cosa no se demuestre, que los ancianos sean viejos, el tío Prodigios era singularmente viejo, más viejo que nadie. En Puertoclaro se decía que era más viejo que la cruz del camino, plantada antes de la venida del francés en la carretera que va de Puertoclaro á Otezuelo. ¿Tendrá años el tío Prodigios?

Las gentes de Puertoclaro son supersticiosas. Allí se tiene miedo de las cáncanas y se teme al mal de ojo. El cura y el maestro trabajan para limpiar al vecindario de esa roña espiritual; pero es más fácil arrancar una lapa de una peña que una preocupación de espíritu ignorante

El tío Prodigios, sin que nadie sepa cómo ni por qué, había logrado una fama de hombre

dotado de poder sobrenatural que para sí hubieran querido Merlín y todos los encantadores,



alquimistas y astrólogos, brujos y magos de que están llenos leyendas y romances.

Figuraos que en Puertoclaro pasaba por artículo de fe que aquel viejecito encorvado, seco, vacilante, apoyado en un garrote fuerte, pero ligero, estaba en constante comunicación con los poderes ocultos, y en su mirada maliciosa, y á despecho de los años, centelleante, había un

reflejo del fuego del infierno. Por eso le llamaban el tío Prodigios, y por eso se le suponía capaz de hacer los más estupendos. Cuando el tío Prodigios señalaba con su garrote á cualquiera, el señalado caía muerto, sin decir ni pío, como herido de un rayo.

Esto no lo había visto nadie; pero lo hubieran jurado todos. Así, es cierto que el tío Prodigios pedía limosna; pero se podía asegurar que vivía más del miedo que de la caridad de sus convecinos. Fuera de Puertoclaro hay mucha gente que da limosna por miedo, como hay mucha también que no tiene miedo de no darla...

Ibamos á decir que las mujerucas, al entregar al tío Prodigios una cebolla, medio pan, una perrilla, desviaban la vista de los ojos penetrantes, sombreados por nevadas pestañas, del peligroso mendigo. Pasar por cerca de la choza de barro y retamas, que albergaba al viejo en las afueras de la villa, ¡ni pensarlo! ¿Qué casta y qué número de cosas infernales, encantamientos y misterios encerraría aquella al parecer insignificante cabaña?

El tío Prodigios, hay que decirlo, había aceptado, desde luego, su papel de brujo, pensando quizá que, ó no era el llamado á desengañar á la gente ó que no le convenía. Lo exacto es que hablaba poco: lo preciso para hacer su colecta



diaria; que nadie le vió jamás en la tasca de los marineros ni en la taberna de la plaza, y que, fuera de sus brujerías, de que todo el mundo era sabedor y nadie testigo, su conducta fué en todo la de un hombre de bien.

*
* *

Juan Antonio es un desocupado y un descreído. Como no se ocupa en nada útil tiene veinticuatrô horas diarias para dudar de todo: de Dios, del cura, de la misa y de todas esas "cosas" de iglesia; no se atreve, sin embargo, con el párroco. Teme que con sus latinajos le embarrulle y le venza. Prefiere no creer, sencillamente, que le parece más cómodo y más independiente.

Para Juan Antonio nada hay en el mundo que no proceda de un modo natural y explicable, y "lo que no puede ser, no puede ser", que viene á constituir su último asilo contra los propios razonamientos ó contra las ajenas observaciones. Lo que no puede ser, no puede ser, y hemos terminado.

¿Podría ser que el tío Prodigios fuera capaz de matar á un hombre sólo con señalarle con su garrote? ¿Cabría en humana cabeza que un mendigo como el viejísimo tío Prodigios no em-

pleara, ante todo, su poder ignorado en ser amo de cuatro ó seis barcas ó de buenos jornales de tierra que, arrendados, le descansaran los últimos años de la perra vida? ¡Sería cosa de preguntárselo al propio interesado!... Pero si es todo verdad, ¿no se expone Juan Antonio á ser víctima de una curiosidad necia? Porque, hay que desengañarse: cuando todo Puertoclaro lo dice... ¡Bah! Lo que no puede ser, no puede ser, y se acabó.

.....

En resumen: Juan Antonio pensó en atreverse y se atrevió una tarde en que vió pasar por delante de la taberna al tío Prodigios. Echó á andar detrás del viejo quien, acá descanso, allá prosigo, caminaba lentamente, pausadamente, haciendo sonar su garrote sobre los guijarros del camino, como andan los viejos muy viejos, mirando á la tierra que los llama, que los espera.

Al cabo de un rato el tío Prodigios y Juan Antonio se hallaban fuera del pueblo, solos en la inmensidad del campo, á la vista de la choza del mendigo y del mar. Anochecía.

Juan Antonio, involuntariamente estremecido, llegó á pensar que nadie le impedía retroceder. No lo hizo, sin embargo, y presto emparejó con el anciano que, mirándole fijamente, inquirió:

—¿Se te ofrece algo?

Volvió el valor al pecho de Juan Antonio.

—Quiero—dijo—hacerle á usted una pregunta.

—Venga—replicó simplemente el huraño viejo.

—¿Es verdad que hay quien pueda hacer milagros acá abajo? En Puertoclaro se dice hace mucho que usted tiene ese poder. ¿Quiere usted hacer uno para que yo lo vea y lo crea?

El viejo sonrió: su sonrisa helaba. Parecía una mueca.

—¿Milagros?

—Milagros, sí. Yo estoy, para que usted lo sepa, en que no hay nada que uno no pueda entender y en que lo que no puede ser, no puede ser.

Prodigios volvió á sonreír, y replicó:

—Con que todo lo podemos entender ¿eh? Pues, ea, ven conmigo, si te atreves, y verás si hay cosas que yo hago y que tú no entiendes.

Y siguió andando hasta la choza, donde penetró, seguido siempre de Juan Antonio.

En el interior sólo rompían la negrura de las tinieblas unas ascuas en un hogar de pedruscos y los ojos de un gato, más rebrillantes que las mismas ascuas. El animal afianzó las patas,



enarcó el lomo, abrió una boca de palmo y medio y tornó á enroscarse junto á la lumbre.

—Siéntate—dijo Prodigios á su huésped, que ocupó un poyo cercano al hogar. El viejo se dejó caer sobre una piel de oveja, austero lecho de aquella prosecta criatura.

—Mira, Juan Antonio: todo lo que vive fuera de nosotros, dentro de nosotros, sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies es un puro milagro. Ni tú sabes de dónde vienes ni yo adónde iré, ni cuántas estrellas hay, ni por qué las vemos, ni cómo, ni qué hacen los peces en la mar ó los pájaros en el aire, ni por qué se vive, ni por qué se muere... Este gato está vivo ¿verdad? Mira qué maravilla: no vive por mí ni yo tengo parte en eso—y el tío Prodigios, cogiendo el gato, le empezó á apretar el cuello, agregando: Mírale, mírale, como se defiende; pero me entrega su vida, que no le he dado yo; se va á morir, se está muriendo. ¡Tómale: ahí tienes el milagro!

Diciendo esto con cavernosa voz, arrojó sobre las rodillas de Juan Antonio los despojos de aquel animal, calientes, temblorosos aún...

El contacto suave de la piel del felino fué para Juan Antonio como una descarga eléctrica. Levantóse y quedó mirando al viejo, cuyas facciones, subrayadas por el resplandor del ho-

gar, parecían de un semblante de fuera de este mundo.

—¡A ver—siguió diciendo el viejo—explícate eso! Eramos tres seres vivos hace un momento: somos dos. Si yo levantara el garrote y te señalara, me quedaría solo. ¡Jé, jé, jé!



De todos modos quedó solo el viejo, porque Juan Antonio, con todo y ser un espíritu fuerte, echó á correr en dirección al pueblo, cediendo á un impulso instintivo que tampoco podía explicarse.

Ya noche cerrada entró en su casa. Era otro hombre. Y, sin embargo, los hechos eran insignificantes, vulgarísimos.

¿Es que Juan Antonio no sabía que un gato se muere cuando lo estrangulan? Pero entonces ¿por qué Juan Antonio repite desde aquella noche que á veces lo que parece que no puede ser puede ser?

EL QUE DICE LO QUE QUIERE...

Vamos á quedar conformes en que Valderretamas es un pueblecito ni grande ni chico; ni de la sierra enteramente, ni enteramente del valle; situado, ni á la derecha del todo, ni del todo á la izquierda de la línea ferroviaria que vosotros queráis, y convenido esto, que es esencial, ya podemos seguir adelante.

En Valderretamas existe, y por muchos años sea, cierta vecina, buena mujer, algo entrada en años y muy entrada en carnes, dueña á medias con su marido y regente única, por imposibilidad física del aludido esposo, de una de esas tiendas notables, en que se vende de todo, pero en las que casi nunca hay de nada, características de nuestras moribundas poblaciones campesinas.

Esta mujer, conocida en Valderretamas por la tía Callá, jamás se permitió, no ya usar pesas ó medidas mermadas, pero ni siquiera estirar los lienzos al ponerlos sobre la vara, con

ser esto tan corriente y de fácil disimulo, ó equivocarse al contar la moneda. Quede esto dicho para honor y gloria de la respetable abacera, y aun de las clases mercantiles de Valderretamas (dos abacéras, un zapatero, un herrero algo carpintero y un si es no es veterinario y herrador, seis panaderías y cuarenta y dos tabernas), entre las cuales la honradez es bastante frecuente.

Pero la tía Callá murmuraba tanto, que era como el símbolo, encarnación y representación viva del tijeeteo femenino en toda la redondez del orbe.

Quien entrase en su tienda, salía ó no complacido en cuanto cliente, mas llevábase, *velis nolis*, un saco de noticias, "me han dicho" y runrunes, servidos por la infatigable tía Callá con su hipocritilla aderezo de "sin ofenderle", "esto que no sea murmurar", "mis palabras que le sirvan de bien" y otras muletillas de murmurador profesional y encallecido.

La tía Callá sufría sinceramente contemplando su impotencia para arreglar, según sus gustos y aficiones, las personas y las cosas de Valderretamas.

Aconsejó buenamente alguna vez á tal convecina que despidiese al novio de la chica, por ser un tumbón y un borracho, "mis palabras no le

ofendan"; á tal otra, que no consintiera en que su marido fuese á la capital solo á vender ga-



nado, porque Dios sabe lo que haría del dinero, siendo tan aficionado á la bebida, "dicho sea sin intención".

Pero esta vecina y la otra, y todas cuantas

tuvieron el honor de ser amonestadas ó advertidas por la tía Callá, prefirieron desde ese momento surtirse en la otra abacería de Valderretamas. Y hubo que abandonar la palmeta, que disocia, y dedicarse tan sólo á la tijera, que á nadie gusta tanto como á las mujeres, no siendo á los hombres, y en cuyo manejo era la tía Callá doctora *in utroque*.

¡No decir ella cuatro frescas á la Venancia, no poder abrir los ojos á esa alma de Dios de Isabel, á quien se estaban comiendo por los pies los gandulones de sus hijos y las fantasiosas de sus nueras! Tuvo que contentarse con hablar con Venancia de los hijos y las nueras de Isabel, y exponer ante Isabel, por menudo y razonado, las frescas que á Venancia correspondían...

¡Y *tutti contenti*! Alguna vez dijo al cónyuge:

—¡Esto del mostrador ata mucho, Patricio!
¡Si Dios *mos* diera un día al año *pa* decirlo tó, sin daño de la parroquia!

Patricio, esposo de la tía Callá, sujeto por una parálisis progresiva á un sillón de enea, abrió los ojos asombrado. ¿Qué podría ser lo que á su digna costilla le quedase por decir? Al fin replicó, riendo:

—Pídeselo, á ver...

—De *tó* te ríes; pero algo mejor irían las cosas si...

—Por eso te digo que veas si lo puedes arreglar, mujer.

—Ea, bueno. ¿Estás de taina? ¡A cerrar y á dormir, que es tarde!

Y así se hizo: retumbó el golpe de la puerta, cerrada con más fuerza que otra noche cualquiera. La tía Callá se acostaba de mal humor. En la alcoba conyugal oyóse luego este breve diálogo:

—Benita... ¿duermes ya?

—No; ¿te ha dao el dolor? Espera... Voy en seguida.

—No vengas, es que no quiero que olvides lo de pedir á Dios ese día que necesitas *pa* hablar bastante. ¡Tendrá que ver!...

—¡Vete al cuerno!

Y tras esto, una carcajada del paralítico y después varios apóstrofes de Benita, y, por último, al cabo de unos minutos de silencio, el ronquido sonoro de dos cañones de órgano en competencia.

*
* *

No es que San Pedro tenga mal genio. Ni se podría decir eso de semejante santazo sin

irreverencia, ni, en justicia, pudo atribuírsele semejante defecto al antiguo pescador de Galilea, hoy celestial portero, cuando andaba por el mundo haciendo méritos para su santificación.

Ni los pescadores ni los apóstoles pueden ser impacientes, esta es la verdad.

No es, pues, que San Pedro tenga mal genio. pero le preocupa y le disgusta mucho el inacabable *tolle-tolle* que de la tierra sube, en el que hay sacrílegas imprecaciones, lamentos, bromas de buen ó mal gusto con que los hombres protestan contra la ordenación de las cosas de acá abajo que ideara y mantiene la sabia y previsora, infinitamente sabia y divina Inteligencia.

Entre esas quejas, una de las más insistentes, una de las menos aguantables era el lamento de nuestra apreciable conocida, la tía Callá de Valderretamas. San Pedro la distinguía entre todas las demás: le molestaba de un modo excepcional. Y se decía:

—Que el pobre sienta serlo; que el desgraciado anhele ventura; que el triste lo sea aún más en presencia de la dicha de otros y lo digan á gritos... ¡vaya!... no lo justifico, pero lo comprendo, porque fuí hombre y conocí muchas castas de ellos. Yo mismo, á veces, cuando el copo salía escaso... Lo que no me cabe en la

cabeza es que esta señora Benita encuentre mal el mundo. ¿De qué se queja? De escardar cebollinos pasó á comerciante con fortuna, por su matrimonio con ese Patricio. Este le pegaba con demasiada frecuencia y le castigamos con una parálisis que ella no sabe agradecer. ¿Qué querrá Benita?

Como respondiendo á tal pregunta, llegó á oídos de San Pedro la voz de la tía Callá, que suplicaba:

—Señor: un día *pa* decir todo lo que se me repudre en el cuerpo, y arreglar esto, que cada día va peor... Pero sin disgustar á la parroquia, si *pué* ser...

San Pedro no pudo contenerse, cerró de golpe el libro-registro que ante sí tenía, cogió un pliego, escribió en él rápidamente unos renglones y ordenó con recia voz:

—A ver: ésta solicitud á la firma.

Cogió el escrito un angelón rubio, y agitando las alas, desapareció para cumplir el mandato.

San Pedro rió de buena gana, arrellanándose en su escabel, y musitó:

—No sabe Benita lo que ha pedido...

Pronto recibió la tía Callá noticia oficial de que en el cielo se había resuelto acerca de su instancia con un "cómo se pide". En adelante

podía contar todos los años con un día, durante el cual podría decir verdades á trompa y talega y aconsejar á sus convecinos á diestro y siniestro: éste día sería el dedicado á honrar á Santa Clara, como abogada natural de toda especie de claridades. Si Benita no se permitió unas infatiles zapatetas, en albricias del estu- pendo caso, no fué por falta de ganas, sino por sobra de años y de carnes, ambos incompatibles con tales demostraciones de júbilo.

Pero su semblante se iluminó, animáronse los pequeños y de suyo expresivos ojuelos y púsose al habla con el calendario...

—¡Mañana! ¡Mañana!—dijo llevándose las manos á la cabeza; y asomando el enorme busto por la ventana de la habitación, disparó este improprio:

—¡*Sus* habeis caído, *desgraciaos!*

Bajo el cual pareció extraño que no se cuartearan medio docena, al menos, de las casas de Valderretamas.

Pero hay que ser veraces; no hubo que lamentar el menor desperfecto.

*
* *

Amaneció el día de Santa Clara; salió el sol, sonaron las campanas de la iglesia y las esquilas de los ganados, humearon las chimeneas,

abriéronse las puertas de los hogares pobres antes que las de los ricos... En resumen, aquel día pareció anunciarse en Valderretamas sin rasgo alguno particular.

Pero no para la tía Callá, que invirtió dos horas largas en el aseo de su voluminosa persona, con empleo de la rosada pastilla de jabón de olor y del frasco de aceite de bergamota, y salida de la ropa del arca perfumada de maellas y membrillos.

El buen Patricio, atónito y un si es no es embobado, que todo hay que decirlo, no pudo menos de interpelar:

—¿Dónde vas, Benita, tan peripuesta en día de labor?

—¿No te burlaste? Pues ya tengo el permiso, *pa* que lo sepas. Y lo voy á aprovechar, *pa* que te enteres. Y no volveré hasta mediodía.

—¿Hasta mediodía? Pero ¿estás loca? ¡Benita!... ¡Benita!...

¡Sí, sí! Benita hizo oídos de mercader: lo cual, después de todo, no tenía nada de particular, y salió algo emocionada, pero zarrandeando las haldas, arreglando las ondas de la mantellina y satisfecha de sí como nunca.

Gritos y denuestos del paralítico la acompañaron un buen trecho; pero al cabo, recobrando del todo el aplomo, la tía Callá se preguntó, sin

dejar de andar por la calle adelante, silenciosa y desierta en aquel punto:

—¿Por dónde empiezo?... La Venancia: hoy me va á oír.

Y apretó el paso hasta llegar á una puerta abierta, ante la cual se detuvo para preguntar:

—¿Quién está?

—¡Adelante!—replicó una voz chillona y des-templada: la de Venancia, que bien la conocía Benita.

La recién llegada entró en el zaguán autoritariamente; sentóse, y gritó, en tono medio de aviso, medio de desafío:

—¡Aquí te espero!

Venancia bajó pronto, y cuando Benita empezaba á abrir la espita de las verdades, usando de la autorización recibida, con un decidido y arrogante: "Tengo que decirte, Venancia"; ésta, previa una insultante y despreciativa carcajada, de esas de cabeza oscilante y brazos en jarras, se expresó en estos términos:

—¡Jesús! Si parece esta mujer la tarasca, ¡Dios mío! ¡Cuidado que estás fachosa y *ha* matar con el dichoso vestido... Pero, ¿quién te ha dicho que vas bien?... El enemigo; no *pué* ser otro. Pues ¿y la mantilla? *Colgá* de una alcayata estaría más propia.

—Pero, ¡Venancia! ¡¡Venancia!!

Venancia no oía. Rojo el semblante por la violenta risa á que estaba entregada, siguió diciendo:

—Pudiá ser que quiera esta *chiflá* poner la



moda en Valderretamas... Vamos, Benita, quítate eso y ponte el zagalejo que llevaste siempre. ¡Já, já, já!...

Las burlas de aquella furia parecían inagotables. Benita se levantó, y saliendo del portal intentó de nuevo defenderse.

No era posible. Venancia la seguía, gritando con su voz de chirimía ronca:

—¡Paso, que sale el figulín! ¡Paso al figulín!... ¡Ahí va eso!

Trémula, balbuciente de indignación, llegó Benita á la calle. Necesitó bastante tiempo para poner en orden la circulación de la sangre, la respiración y otra porción de cosas que la fiera acometida desordenara. Lo consiguió; pero sin poder evitar que dos lágrimas brotaran de sus ojos y resbalaran entre los pliegues de la mantilla hasta aquel punto en que se ostentaba un enorme medallón con el retrato de Patricio. ¡Qué hubiera dicho si llega á contemplar la escena! Bajo esta impresión, y con el humano deseo de vengarse de algún modo, llegó Benita á la plaza de la Constitución.

¡Ay de D.^a Antonia, la registradora, á la puerta de la que acababa de llamar con el pesadísimo aldabón, en cuyo resonador hubiera querido ver Benita la lengua de Venancia!

Franca la entrada, internóse la tía Callá, subió la escalera, y atendiendo la indicación de la vieja sirvienta que la recibiera, estúvose en el comedor de la casa, en una grata y fresca

penumbra que acabó de serenarla.

Una insignificante personilla, menuda, seca, apareció al fin, dando muestras de experimentar muy agradable impresión al ver á Benita. No era Antonia, la registradora de Valderretamas; era una cuñada suya. Y dijo:

—¡Mi buena Benita!... Siéntese, siéntese. ¡Cuánto va á lamentar Antonia no haberla visto! Ha salido con Manuel y con los niños. Al santuario... Una promesa, ¿sabe usted?... Estoy solita... ¡Lo va á sentir mucho!...

—Yo también, porque yo venía á decirle...

—Sí—continuó la otra con melosa voz—. Siempre está diciendo la pobre: “¿Cuándo vamos á ver á esa chismosa de la tía Callada?” Se divierte mucho con las mentiras de usted. La verdad es que miente usted de un modo... ¿Y Patricio?... Hecho un tronco, ¿verdad? Dicen que le vino eso de tanto empinar el codo... ¡Vaya, vaya con la tía Callada!

Benita comenzó á despotricar sin freno. Muy dispuesta venía ella; pero aquel recibimiento llevó al colmo su exasperación.

Llamó á su interlocura deslenguada, bruja, sapo, á grito herido; pero la hermana del registrador seguía hablando con su voz acariciadora:

—He oído que han comprado ustedes el ma-

juelo del soto... ¡Pues eso no sale de la tienda sólo! Será alguna hipotequilla de esas de trabuco, ¿eh? Aunque, bien mirado, á usted algo le darán por meterse en lo que no le importa, porque si no...

Benita dudaba ya entre estrangular á la mujercilla ó agotar primero el repertorio de los dicterios. A esto se atuvo, aprovechando una pausa de aquel energúmeno contrahecho.

La tía Callá se despachó á su gusto.

¡Hasta aquel momento no había podido usar del anhelado permiso! Dijo cuanto se le antojó durante diez minutos. Diez minutos aprovechados por una maldiciente... ¡Un siglo!

La otra, con los ojos bajos, las manos cruzadas en actitud que á Benita se le antojó penitente, no replicaba ni aun con el gesto.

Enmudeció Benita para tomar aliento; y viéndolo la adversaria, que levantó la vista en tal punto, dijo estas sencillas palabras:

—¿Decía usted algo?

La hermana del registrador era también sorda, y la tía Callá lo había olvidado. ¡Aquello era ya insoportable!

Y no habían acabado aquí las cuitas de la abacera.

Cuando regresó á su tienda hallóla llena de gente. Veinte, treinta, cincuenta comadres, se

arremolinaron, y dejándola en el centro del corro, descargaron sobre ella lo más pinto-



resco de sus cuchufletas, lo más mordaz de su repertorio, lo más ofensivo que puede imaginar un caletre de comadre dedicado á eso... Un

estado de opinión, como ahora se dice. Pero, ¡qué opinión y qué estado!

Benita no pudo más. Perdió el sentido; y al caer dió tal grito, que Patricio se despertó, y preguntóle:

—Benita, por Dios, ¿qué es eso? ¿Te sientes mal?

—Debe haber sido un mal sueño, Patricio —replicó angustiada la tendera—. ¡Un mal sueño!...

Aquí lloró Benita, y entre sollozos y con gran diversión de su marido, refirió cuanto va malamente relatado.

Las carcajadas de Patricio exasperaban á Benita; pero tuvo el valor de reprimirse, y acabó por hacer dúo á su burlón esposo, con lo que la algazara fué notable y digno comentario del fingido suceso...

.....

Durante el desayuno, púsose seria Benita, y dijo:

—¿Será así, talmente como lo vi, que Valde-
rretamas está tan en mi contra?

—Ni en tu contra ni en tu pro, Benita. Lo que pasa es que Dios, que es bueno hasta *pa* los tontos, y *desimula*, también es justo *pa* tós. La misma licencia que *tiés* tú *pa* roer los zancajos

á los demás, *tién* los demás *pa* roer los tuyos. ¡Digo yo!...

El cronista sabe, y claro está que el lector lo va á saber en seguida, si sigue leyendo, que la solicitud de San Pedro se refería á todos y cada uno de los convecinos de la tía Callá, que, á lo visto, se las tenían juradas.

En adelante, la tía Callá fué la tía Callá; es decir, que hablaba lo preciso no más, y nunca con perjuicio de tercero; tan rigurosamente se sometió al régimen, que Patricio hubo de decirle:

—Benita, hija, ni tanto ni tan calvo. Suéltate á hablar un poco y pon una miaja de salsa en la conversación, porque la parroquia mengua, y estoy viendo que aquí no van á venir á comprar más que las mujeres que no hablan mal de nadie en el pueblo, que son dos por junto, y las dos mudas...

INDICE

	Págs.
<i>Prólogo innecesario</i>	III
LA ABUBILLA Y EL CUCO.....	3
LA LECCIÓN DEL VIEJO MASTÍN.....	9
VIOLETAS Y GIRASOLES.....	15
SEPAMOS AGUARDAR.....	21
LAS ALAS DEL HOMBRE.....	27
EL TRIUNFO DEL HACHA.....	33
¡POBRE AZUCENA!.....	39
SABED QUE DOS MARIPOSAS.....	45
EL MANTO DEL HADA.....	49
PARA VIVIR SIEMPRE, SIEMPRE.....	55
LO TUYO Y LO MÍO.....	67
EL MAL HERMANO.....	77
ALMA DE FRAILE.....	87
EL SALVADOR.....	97
EL REPARTO EN LA REPÚBLICA.....	109
EL TÍO PRODIGIOS.....	119
EL QUE DICE LO QUE QUIERE.....	129

INDICE

1214

11.	ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
12.	EN LA TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS,
13.	BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
14.	EL DÍA IV DE ABRIL
15.	DEL AÑO MCMXIII
16.	
17.	
18.	
19.	
20.	
21.	
22.	
23.	
24.	
25.	
26.	
27.	
28.	
29.	
30.	
31.	
32.	
33.	
34.	
35.	
36.	
37.	
38.	
39.	
40.	
41.	
42.	
43.	
44.	
45.	
46.	
47.	
48.	
49.	
50.	
51.	
52.	
53.	
54.	
55.	
56.	
57.	
58.	
59.	
60.	
61.	
62.	
63.	
64.	
65.	
66.	
67.	
68.	
69.	
70.	
71.	
72.	
73.	
74.	
75.	
76.	
77.	
78.	
79.	
80.	
81.	
82.	
83.	
84.	
85.	
86.	
87.	
88.	
89.	
90.	
91.	
92.	
93.	
94.	
95.	
96.	
97.	
98.	
99.	
100.	

12000 58 774 Ayuntamiento de Madrid

IJ 2866

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200058774

